CARLOS ARNICHES Y JOAQUÍN ABATI

LAS GRANDES FORTUNAS

FARSA CÓMICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

SEGUNDA EDICION



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923


SIGILLVM VNIVERSITAT CAROL SEPTENT
LVX
LIBERTAS

Las grandes fortunas

FARSA CÓMICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

DE

CARLOS ARNICHES Y JOAQUÍN ABATI

Estrenada en el TEATRO ESLAVA
el 23 de Diciembre de 1919

SEGUNDA EDICION

MADRID
Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.
Teléfono 18-40
1923

Reparto

PERSONAJES		ACTORES
MILAGROS...	Sra.	Bárcena.
CARMELINA...	Srta.	Gelabert.
DOÑA ROSAURA...		Quijada.
TULA...		Sánz.
UNA DONCELLA...		Almarche.
UN BOTONES...		Domínguez.
CESAR...	Sr.	Isbert.
BONIFACIO...		Collado.
VENUSTIANO...		Peña.
SEÑOR SANTOS...		Tordesillas.
DON RUTILIO...		Hidalgo.
MENENDEZ...		Pérez de León.
DON COSME...		Román.
EL ESTOPA...		Hidalgo.
SEÑOR RUBIO...		Vega.
UN REPORTER...		Huarte.
MENELAO...		N. N.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Interior de un sotabanco amueblado con una pobreza absoluta y extravagante. No se ven más muebles que un catre con un jergoncillo en un rincón. Una silla con tres patas y una mesa con otras tres, cubierta con un tapete viejísimo. Un baúl viejo, un lavabo de hierro, un caballete de pintor, una paleta con colores y pinceles, un plato con cerezas, un botijo y la luz del día que entra a raudales por una ventana que da a los tejados. A la izquierda, en primer término, la puerta de la escalera, y a la derecha, en segundo, las vidrieras de una alcoba con los cristales rotos y sustituídos por trozos de periódicos.

ESCENA PRIMERA

MILAGROS y BONIFACIO.

Al levantarse el telón aparece Bonifacio pintando en un bastidor como de ochenta centímetros, colocado sobre el caballete. Frente a él, y sentada sobre un cajón, está Milagros sirviéndole de modelo en una «pose» un poco exagerada, con un brazo en alto, como señalando algún sitio. Lleva unas hojas de hiedra en la cabeza y sostiene un racimo de cerezas en los labios. La blusa que viste se ha escotado bastante, y uno de los hombros lo muestra casi desnudo. El luce un pantalón destrozado, un chaleco de pana granate, sin botones, y una boína pequeñita. Fuma una pipa y calza en un pie una bota y en el otro una alpargata. Ella viste humildísimamente de muchacha del pueblo. Bonifacio, mientras pinta, mira a Milagros y avanza, retrocede, ladea la cabeza a un

lado y otro, y entorna los párpados como buscando en el modelo los matices más bellos y las líneas más justas antes de dar cada pincelada.

Bonifacio Así, ¡admirable!... ¡No te muevas... no te muevas ahora! *(Pinta.)*

Milagros *(Habla sujetando las cerezas con los dientes.)* Bueno, pero por Dios, Bonifacio, acaba pronto, que me cansa esta «pose». Hace quince minutos que parece que estoy diciendo por dónde se va a la Fuente del Berro.

Bonifacio Quieta, quieta un momento más.

Milagros ¿Pero me puedo comer ya las cerezas?

Bonifacio No, mujer, todavía no... dentro de un instante.

Milagros ¡Ay, miá que es castigo!... Con lo que me gustan, tenerlas en la boca y no podérmelas comer. Amos, que esto no se hace ni con un perro de lanas.

Bonifacio ¡Pero por Dios, Milagros, caramba!... No hables, que pierdes el estetismo fisiognomónico.

Milagros *(Con asombro.)* ¿Qué dices que pierdo?

Bonifacio ¡Oh, quieta ahora!... ¡En este momento estás prodigiosa de luz!

Milagros ¿Se me ha encendido algo?

Bonifacio Tu cabeza arcangelina está circundada de un halo de oro ténue.

Milagros Oye, Bonifacio, ¿qué es halo?

Bonifacio *(Pintando con entusiasmo.)* Silencio.

Milagros Hala, dime qué es halo.

Bonifacio Halo es resplandor, aureola, nimbo...

Milagros Oye, ¿y qué es nimbo?

Bonifacio Estate quieta y no me hagas tantas preguntas, caramba. *(Pinta.)*

Milagros Oye, ¿qué es caram...? Digo, oye, ¿qué tendré yo hoy que no hago más que moverme?

Bonifacio Que tienes hormiguillo. *(Pinta abstraído.)*

Milagros *(Aparte.)* Sí, hormiguillo... ¡Si tú supieras!... ¿Habrá salido ya, Dios mío?... Estoy que no vivo, porque en cuanto este hombre se entere de lo que hemos hecho, se muere de la impresión.

Bonifacio Ahora, Milagros, vas a hacer el favor de bajarte un poco más la ropa de ese hombro... que aparezca más desnudo.

Milagros Oye, tú, más desnudo no, Bonifacio; que va a ser una exageración.

Bonifacio Qué exageración... Vamos, anda. *(Ella se descubre un poco más el hombro.)* ¡Oh, qué hombro! ¡Qué blancura, qué morbidez!...

Milagros Ay, pero tan desnudo...

Bonifacio No te importe. Esas son las armas con que triunfáis las mujeres.

Milagros ¿Le llamas armas al hombro? *(Riendo.)*

Bonifacio Al hombro armas, sí, señora... Al hombro mórbido, al brazo níveo, al cuello císneo... al contorno ebúrneo...

Milagros ¿Qué es ebúrneo?

Bonifacio *(Que se acerca entusiasmado.)* ¡Ay, Milagros, qué hermosa estás! ¡Ay, qué rica eres!

Milagros *(Rechazándole cariñosamente.)* Bueno, anda, pinta, pinta...

Bonifacio *(Volviendo a pintar.)* Pinto, pinto...

Milagros Sí, pinto, pinto, gorgorito... ¡pero en cuanto una se descuida!...

Bonifacio Es que me tienes más enamorao que...

Milagros ¡Calla!... *(Aterrada y quitándose las cerezas de la boca.)*

Bonifacio *(Asustado.)* ¿Qué pasa?

Milagros *(Atendiendo.)* ¿Sube mi padre?

Bonifacio ¡Caracoles!... ¿Cómo tu padre?... ¡Por Dios, no me aterres!

Milagros Lo digo porque como suba y vea que le están retratando el postre, hay títeres.

Bonifacio Títeres o un concurso de pedestrismo; porque como asome tu padre por aquí, tomo una velocidad que un rayo te va a parecer que cojea comparao conmigo.

Milagros Te tiene una hincha, que ayer, de que comimos, me dijo que el día que me pille aquí me rompe una pata.

Bonifacio ¡Uy, pata!... ¡Qué cosa más grosera! ¡Por Dios, Milagros, no digas pata!

Milagros Hombre, viviendo una como vive en una portería y siendo hija de un guardia, pues no voy a decir extremidaz, como dice la señorita del bajo derecha.

Bonifacio *(Pintando.)* Bueno, no hables tanto y ladea la cabeza un poco más, anda

Milagros Y oye, Bonifacio, ¿cómo dices que se va a titular ese cuadro?

Bonifacio «La bacante cubierta.»

Milagros Si vieras que no me gusta a mí ni pizca que me llames bacante.

Bonifacio Mujer, bacante no es ofensivo.

Milagros Pues yo se lo he dicho a mi padre, y dice que bacante es una cosa que está desocupá. Y eso es llamarme holgazana.

Bonifacio Mujer, por Dios, no disparates... Lo que ocurre es que tu padre no sabe qué decirte para que me aborrezcas, ni más ni menos.

Milagros Hombre, tanto como eso...

Bonifacio Sí, me odia, lo sé; me odia porque soy pobre. Hace bien. La pobreza es odiosa. ¡Claro, me ve hundido en este pantano de miseria y le aterra que me hayas tomado cariño! ¡Ah, si pudiera ser rico!... ¡¡Rico!! *(Pinta.)*

Milagros *(Aparte.)* ¡Ha dicho rico!... ¡Ay, Dios, qué concidencia! Si yo me atreviese, ahora es cuando le decía algo de lo que hemos... pero no, que si lo sabe se muere.

Bonifacio *(Abstraído mientras pinta.)* ¡Oh, rico, rico! ¡Qué felicidad!... ¡Ah, si yo llegase a ser rico!

Milagros *(Dejando la pose y las cerezas, se acerca, conmovida, a Bonifacio y le coge de un brazo.)* ¿Has dicho rico, Bonifacio?

Bonifacio Sí, rico.

Milagros *(Con aire de misterio y muy conmovida.)* Pues quién sabe, Bonifacio... Puede que seas rico antes de lo que tú te figuras.

Bonifacio ¡Canario!... ¿Pero tú te has vuelto loca?

Milagros No, no estoy loca... pero es que la vida es rara y las cosas a lo mejor vienen sin saber cómo vienen. ¿Y quién te dice a ti que quizás que hoy, pongo por caso, que te has levantao sin una gorda, no te acuestas muchimillonario?

Bonifacio Sí, muchi, muchi... con poqui me contentaba yo.

Milagros *(Con acento solemne y profético.)* Pues quién sabe... Quién sabe... Puede que hoy, Bonifacio, puede que hoy...

Bonifacio ¿Qué? ¡Acaba!

(Se escucha en la calle la voz de un vendedor que pregona: A B C, El Debate, Liberal, Imparcial.*)*

Milagros ¡¡Ay!! *(Al oír* El Imparcial *da un grito exagerado.)*

Bonifacio ¿Qué te pasa?

Milagros ¿Ha dicho «El Imparcial»?

Bonifacio Sí, ha dicho «El Imparcial», pero...

Voz «Imparcial», «Liberal», «Debate», «A B C».

Milagros ¡Ay, «El Imparcial»! ¡Ya está, ya está!

Bonifacio Pero, ¿qué dices?

Milagros Ay, nada, Bonifacio. *(Arreglándose la blusa como para irse.)* Pronto comprenderás por qué estaba yo hoy tan nerviosa... luego te explicarás lo que me pasaba... Me marcho... me voy... ahora vuelvo, déjame...

Bonifacio Pero...

Voz «Liberal», «Imparcial»...

Milagros *(Dando otro respingo y echando a correr por la puerta de la escalera.)* ¡Ay, «El Imparcial»! *(Vase.)*

Bonifacio ¿Pero qué le pasará a esta chica con «El Imparcial»? ¿Habrá publicado algo en los Lunes?... ¿Dónde se irá tan deprisa? ¿Qué me habrá querido decir con tanto misterio?... ¡Baja las escaleras de dos en dos!... ¡No adivino!

ESCENA II

BONIFACIO, CÉSAR y RUBIO.

(Se oyen en la habitación inmediata voces de disputa.)

César ¡No!

Rubio ¡Sí!

César ¡Por Dios!

Rubio ¡Basta! ¡De ninguna manera!

César ¡Por Dios, el traje!

Rubio Nada, que me lo llevo.

César ¡Pero señor Rubio!...

Bonifacio *(Que escucha consternado.)* ¡Atiza!... ¡No me acordaba! ¡César luchando con el sastre! ¡Por lo visto, después de media hora no ha podido convencerle! *(Queda atendiendo.)*

César *(Todavía dentro.)* ¡Por Dios, señor Rubio, yo le ruego a usted, yo le suplico!...

Rubio *(Saliendo con un traje doblado en el brazo. Este señor es extremadamente moreno, lleva un bisoñé de pelo muy negro. Sombrero en la mano.)* Nada, nada... Son inútiles las pamplinas. He dicho que me llevo el traje y me lo llevo.

César *(Asomando la cabeza por uno de los pape-*

les que ejercen de cristales en la puerta vidriera.) Bonifacio, no le dejes marchar, que se nos lleva el traje de los dos.

Bonifacio — Señor Rubio, deténgase; un instante de reflexión. Piense usted que desnuda a dos caballeros... que eso es muy grave. *(Le detiene.)*

Rubio — Suélteme usted o no respondo...

César — No le sueltes, Bonifacio, que me deja que Adán iba de saqué comparao conmigo.

Bonifacio — Que Adán iba de saqué, señor Rubio... ¡Siquiera el pantalón!

Rubio — Nada, o me llevo la ropa o me dan ustedes el dinero.

Bonifacio — *(Muy extrañado.)* Ah, ¿pero lo que usted desea es cobrar?

Rubio — ¿No lo había usted conocido?

Bonifacio — *(A César.)* ¿Es cobrar lo que quiere?

César — No tengo seguridad, pero parece que sí.

Bonifacio — *(Muy serio.)* Pues haberlo dicho, señor mío. Venga la factura.

Rubio — Ahí va. *(Se la entrega.)*

César — *(Aparte.)* ¿Qué irá a hacer éste?

Bonifacio — *(Leyendo.)* «Sastrería de Rubio.» ¡De Rubio! *(Le mira.)* ¡Qué frescura! «Elegancia y buen gusto.»

César — Y malas pulgas.

Bonifacio — «Traje de americana, género inglés. Noventa pesetas. Chaleco fantasía. Veinte pesetas. Total, ciento diez.» ¿No es esto?

Rubio — Exactamente.

Bonifacio — ¿De modo que si le doy a usted veinticinco duros me sobran quince pesetas?

Rubio — Exactamente.

Bonifacio — Bueno; pues deme usted las quince pesetas y el traje, y esta tarde, de dos a tres...

Rubio — ¡Pero, qué cinismo!... ¡Y me pide dinero encima!

César — Le pide a usted la vuelta, señor mío. ¿O es que quiere usted quedarse con lo que sobra?

Rubio — Basta de burlas. A mí no me toma nadie el pelo.

César — ¿Cómo pelo?...

Bonifacio — Puede usted decir bisoñé; que no hay señoras.

Rubio — Lo que puedo decir es que no tienen ustedes ni pizca de delicadeza, ni pizca de apren-

sión. ¡Hemos terminado! *(Intenta hacer mutis.)*

Bonifacio *(Interponiéndose.)* Señor Rubio, por Dios, aunque no sea más que el chaleco...

César ¡Qué menos para dos hombres!

Rubio He dicho que nada.

Bonifacio Señor Rubio, en nombre de la estética, en nombre de la moral, suplico a usted que suelte un terno, que nos es imprescindible. De rodillas se lo pido. *(Se arrodilla.)*

Rubio Déjeme usted salir o le arrollo. ¡Fuera!

ESCENA III

DICHOS y DON COSME.

Cosme *(Apareciendo por la puerta izquierda.)* ¡Muy bonito! ¡Muy edificante! ¡Muy pintoresco!

Bonifacio ¡El casero!

César ¡Abrete, tierra!

Cosme *(Riendo irónicamente.)* No subo una vez que no presencie una escena parecida.

Bonifacio ¿Y quién le manda a usted subir, señor mío?

Cosme *(A Rubio.)* ¿Y qué, lo de siempre, verdad?

Rubio Tres años vistiéndolos, y no sólo no me pagan, sino que encima me entretienen, me engañan, me empeñan la ropa... ¡A mí, entérese de una vez, a mí estafas no!

César ¿Cómo estafas?... Ruego a usted que se modere, señor mío, porque entre caballeros ese lenguaje es absolutamente incorrecto.

Rubio ¿Y no le parece incorrecto hacerse ropa y no pagarla?

Bonifacio Más incorrecto es el proceder de usted.

Rubio ¿El mío?

Bonifacio Sí, señor; porque los sastres están para vestir a la gente, no para desnudarla.

César ¡Aplastante!

Rubio Pero, ¿está usted viendo qué sinvergüenzas?

César ¿Cómo sinvergüenzas?... ¡Alto allá!... ¡Insultos de ese jaez no los tolero! Bonifacio, dame el tapete.

Bonifacio Toma y confúndele. *(Le da el tapete, que César saca luego arrollado a la cintura.)*

César Señor Rubio, usted, por sus frases groseras,

parece olvidar sin duda que se halla en nuestra casa...

Cosme — En la mía.

César — En la nuestra.

Cosme — *(Mostrando un fajo de recibos.)* ¿Y estos recibos?

César — Al encuadernador. Por tanto, le advierto seriamente que al primer insulto que nos dirija le golpearé a usted los pómulos.

Rubio — ¿Usté a mí?... ¿Usté golpearme a mí?... ¡Como vuelva usted a amenazarme, le cruzo la cara, so canalla!

César — ¿Qué ha dicho ese remendón?

Cosme — ¿Por Dios, señor Rubio!... *(Conteniéndole.)*

César — ¡La cara a mí!...

Bonifacio — Contente, César, que es un industrial.

César — *(Desesperado.)* ¡Y no tener la pistola!... Si se pudiera disparar con la papeleta, yo le juro a usted que de aquí salía usted en una camilla.

Rubio — El que está para una camilla es usted.

César — ¿Lo dice usted por el tapete?

Rubio — Lo digo por lo que me da la gana, so mamarracho.

César — ¡Mal sastre!

Bonifacio — ¡So chapucero!

Rubio — ¡Vayan ustedes a paseo! *(Se marcha por la izquierda.)*

César — ¡A paseo!

Bonifacio — Pero, ¿con qué ropa?

César — ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Bandido!...

Cosme — Cálmese usted, hombre, cálmese usted.

César — ¡Dejarnos en pijama! *(Da un tropezón.)*

Bonifacio — ¿Qué te ha ocurrido?

César — Que me he pisado el fleco. *(Sigue paseando indignado.)* ¡Maldita sea mi suerte! ¡Insultarme a mí, a mí!

Bonifacio — Bueno, y a usted, apreciable don Cosme, ¿qué le trae por éste su sotabanco?

Cosme — Pues, nada, que subía los recibos a ver si algún día consigo...

César — ¿Por qué tomo vamos?

Cosme — No lo calculo, pero estoy seguro que le hemos sacado ventaja al «Montaner y Simón». Repare en la paginación.

Bonifacio — ¡Caramba, la verdad es que los meses se suceden con una rapidez que espanta.

Cosme — Sí, señor, y espanta mucho más cuando tie-

ne uno inquilinos que se figuran que se puede habitar un inmueble sin pagar un sólo céntimo. De forma que tengo el sentimiento de decirles que he llegado al límite de la tolerancia, y que es preciso que me abonen inmediatamente todo esto, o en el término de veinticuatro horas...

Cesar ¡Nada de amenazas! ¿Importe de la cantidad global?

Cosme Cuatrocientas noventa pesetas, que deseo cobrar inmediata y globalmente.

Bonifacio Es una justa pretensión. Cobrará usted, ahora...

Cosme Ahora mismo.

Bonifacio Ahora, coma, que inmediatamente no va a poder ser, punto. Entendámonos.

Cosme (¡A mí con ortografías!) Bueno, pues advierto a ustedes que como no me paguen, coma, van a ir inmediatamente a la calle, dos puntos: porque de dos garrafas como ustedes no es posible esperar que ninguno de ustedes, coma, ni pague una trampa...

César Coma.

Cosme Ni cumpla un solo compromiso.

Bonifacio Coma.

Cosme Coma o no coma. Por lo tanto, como no me abonen estos recibos, «ipso facto», mañana sube un albañil a destecharles a ustedes el sotabanco. Punto y aparte.

Bonifacio Pero, don Cosme, ¿y si llueve?...

César ¿Y sería usted capaz de infligir un nuevo dolor a dos almas juveniles, que ven anublada su alegría por infortunios innúmeros? ¡Ah, casero mísero!

Cosme ¡Retóricas tampoco! De modo que apoquinen «ipso facto» o se van ustedes si no con sus almas juveniles a la vía pública a tomarles la maraña pilosa a sus respectivos progenitores. Conque que ustedes arbitren el estado sanitario que yo para mí ambiciono. (¡Toma literatura!) *(Vase puerta izquierda.)*

César ¿Pero, has visto este pedazo de Aristóteles?

Bonifacio *(Desde la puerta.)* ¡Permita Dios que le parta a usted una exhalación meteorológica!

César Déjame a mí; yo no quiero decirle más que un monosílabo. ¡Animal!

ESCENA IV

BONIFACIO y CESAR.

Bonifacio — *(Abatido y lloroso.)* ¡Dios mío, Dios mío!... ¿Por qué nos abandonas? ¡Sin ropa, sin casa, ofendidos, despreciados!... ¡Sin saber hasta mañana dónde comeremos hoy! Sin tener más que un pantalón para dos hombres; dos hombres para tres botas, tres botas para cuatro pies y cuatro pies para andar de este modo precario y miserable... ¡Esto es tremendo! ¡Espantoso!

César — Ja, ja, ja...

Bonifacio — No te rías, por lo que más quieras, que me pones nervioso, ¡caramba!

César — ¡Pues no he de reirme!... ¡Ea, Bonifacio, ven acá! *(Le atrae hacia sí.)* ¡Arriba el corazón!

Bonifacio — ¿Arriba?

César — ¡Arriba!... Porque hoy, óyelo bien; hoy alborea en nuestra oscura existencia la aurora de una insospechada felicidad. ¡Sí!... «Sursum Corda».

Bonifacio — ¿Cómo corda?

César — Sí... Sábelo ya de una vez, Bonifacio, esta miseria envilecedora que nos denigra, que nos atormenta, que nos asfixia, ha terminado para siempre.

Bonifacio — *(Asombrado.)* ¡¡César!!

César — ¡Para siempre!... ¡Lo que oyes!

Bonifacio — ¡¡Pero tú desvarías!!

César — Aguarda. *(Le coge de la mano, mira a uno y otro lado.)* ¿Estamos solos?

Bonifacio — *(Muy asustado.)* Estamos solos y lo siento, porque tú te has vuelto loco.

César — No lo creas... Bonifacio, escucha y cáete de espaldas.

Bonifacio — Pero... *(Con creciente ansiedad.)*

César — Dentro de unos instantes, de muy pocos instantes... *(Casi al oído.)* Seremos ricos. ¡¡Inmensamente ricos!! En esta casa entrará el oro a raudales; el portamonedas te lo tendrá que llevar un mozo de cordel. Ese inmundo casero que acaba de marcharse, te ofrecerá el mejor cuarto de su inmueble;

ese indigno sastre que se nos llevó el terno, nos hará trajes, pardesuses, pijamas, briches, smokings, fracs, chaquets, ranglans... ¡Cuanto le pidas!

Bonifacio ¡Pero, César!...

César Y comeremos.

Bonifacio ¿Comeremos?

César Todos los días, como algunas personas.

Bonifacio ¡Que yo no estoy entrenao, tú!

César No importa, yo te enseñaré a digerir.

Bonifacio ¡Pero, César!

César Pues, ¡y vestir!... Tú irás de saqué.

Bonifacio ¡Yo!

César Y te compraré una chsitera gris para que vayas a las carreras.

Bonifacio *(Ya seriamente aterrado.)* ¡Socorro!

César Y tendrás tantos brillantes, que en Carnaval los echarás a puñados en lugar de confetti.

Bonifacio ¡¡Socorro!!

César ¡Pero cállate, por tu madre!... ¡No grites!

Bonifacio ¡Ay, César, es que tú deliras; que esto es un desvarío del hambre!

César No lo creas, Bonifacio, estoy en la plenitud de mis facultades intelectuales. ¿Quieres que te cante el Marinela, Marinela, para que veas?

Bonifacio No, de ningún modo; prefiero creerte.

César ¡Sí, Bonifacio, sí! Créeme. No son estas afirmaciones que te hago producto de un trastorno cerebral, no; son la espléndida recompensa con que quiero premiar tu proceder generoso para conmigo.

Bonifacio ¿Pero hablas en serio, César?

César Cuando yo vine a Madrid de mi pueblo natal a conquistar la gloria, pleno de juventud y de ilusiones, fracasé. Soy un incomprendido. Y cuando deambulaba por las calles cortesanas demandando a la Providencia en silenciosa súplica el cobijo de un techo donde guarecerme, te encontré a ti, que me abriste los brazos ofreciéndome un asilo.

Bonifacio El de Santa Cristina; me acuerdo.

César Me viste descalzo, y me ofrendaste una bota.

Bonifacio Me estaban componiendo la otra.

César Poseías un traje, y me cediste el turno impar. Recibías para mal sostenerte unas míseras pesetas de tu tío el americano, y las compartiste conmigo. En aquella cuestión

con aquel bestia de mozo del café, que quería cobarse veinte bistés por riñones y me dió de bofetadas, tú sacaste la cara por mí.

Bonifacio Sí, pero la saqué hecha un «Ecce Homo», ya te acordarás.

César Pues ese noble proceder, ese generoso desprendimiento que tuviste conmigo, hoy te lo pago entregándote una fortuna, una gran fortuna, una inmensa fortuna.

Bonifacio ¿Pero de dónde vas a conseguirla?

César Ese es mi secreto.

Bonifacio Pero si cuanto dices es verdad, ¿qué has hecho para que seamos ricos, qué has hecho, César?

César ¡Ah, Bonifacio! ¡Lo que he hecho es una cosa inaudita, tremenda!

Bonifacio *(Aterrado.)* ¿Tremenda?

César Más que tremenda; casi criminal, te lo confieso.

Bonifacio ¡Dios mío! ¿Acaso has matado a alguien?

César Sí, ¡he matado!

Bonifacio ¿Tú matador?

César Yo matador... y de alternativa.

Bonifacio ¿Tienes cómplices?

César Sí.

(Llaman a la puerta.)

Bonifacio ¿Quién?

Milagros *(Fuera.)* Gente de paz.

César Tu novia.

Bonifacio ¡Digo que quién!

César Tu novia, la Milagros... Ella es mi cómplice.

Bonifacio ¿La Milagros?... ¡Dos locos!... ¡Qué habrán hecho, Dios mío! *(Abre la puerta.)*

ESCENA V

DICHOS y MILAGROS.

(Entra Milagros puerta izquierda, trayendo en la mano dos números de El Imparcial, *que agita alegremente llena de entusiasmo.)*

Milagros *(Jadeante.)* ¿Se puede?

Bonifacio Si no vienes con gemelos de teatro, se puede.

Milagros Ay, no, no vengo con gemelos de teatro, pero vengo con una alegría que se me salta el

corazón. ¡Ya ha salido!... ¡Ya está aquí, don César!

César *(Arrebatándole el periódico.)* ¡Oh, ya! ¡Por fin!... ¡Trae, trae!

Milagros Tome usté, que he comprao dos números. *(Le da uno, que César hojea ávidamente, y ella se queda con otro.)* ¡¡Ya ha salido!! *(Le da a Bonifacio en la cara con el periódico.)*

Bonifacio *(Estupefacto.)* ¿Pero qué es lo que ha salido?

Milagros Ya está en mis manos, ya corre la noticia por todo Madrid... ¡Ay, Bonifacio de mi vida! ¡Ya eres rico, ya eres millonario!...

Bonifacio ¡Otra loca!

Milagros ¡Sí, loca, loca!...

Bonifacio ¡Por la Virgen Santísima, decidme de qué se trata o caigo víctima de una apoplegía fulminante!

Milagros No, por Dios, Bonifacio, no te apoplegíes ahora, que me tienes que llevar en tu automóvil.

Bonifacio ¡En mi automóvil!

César *(Interrumpiendo su lectura.)* ¡Oh, maravilloso, estupendo!... ¡Menéndez se ha portado!

Bonifacio Bueno; pero, por compasión, ¿queréis explicarme?...

Milagros Lee y verás, verás lo que hemos hecho pa hacerte rico. *(Le da el periódico.)*

Bonifacio Venga... ¿Dónde?

César Aquí, aquí... *(Señalando.)*

Bonifacio *(Leyendo con avidez.)* «Herencia novelesca.»

Milagros Ahí.

Bonifacio «Ricos de la noche a la mañana». Pero, ¿qué es esto?

César Sigue.

Bonifacio «De la boardilla al palacio... Catorce millones para un pintor». ¡Ay, madre mía!...

Cés. y Mil. *(Imperativamente.)* ¡Sigue!

Bonifacio «En la Prensa boliviana recibida ayer en Madrid, aparece un edicto expedido por el señor licenciado Ervigio Pananga, juez municipal en funciones de instrucción de Maranagua del Pay Pay (Bolivia), por el cual se interesa la comparecencia del súbdito español señor Bonifacio Blanco de Rueda». ¡¡Yo!!...

Milagros Sigue.

Bonifacio «En las operaciones de abintestato, para recoger la herencia de su señor tío don Teo-

gastó, consistente en catorce millones de pesos, moneda nacional». ¡Qué barbaridad!... *(Suelta el periódico y cae desplomado en brazos de César.)* ¿Pero qué habéis hecho? ¡Pero si mi tío no se ha muerto, ni debe tener una peseta moneda nacional!

César — ¿Y qué importa?

Milagros — Sigue leyendo y verás...

Bonifacio — «El modesto y joven artista señor Blanco de Rueda, ante el insospechado advenimiento de su colosal fortuna, se halla como chico con zapatos nuevos.» ¡Nuevos! *(Se mira los zapatos.)* «Nos aseguran que el joven y flamante millonario, que va a instalarse en un suntuoso hotel de la Castellana, trata de recompensar espléndidamente a cuantas personas le han ayudado con noble generosidad a conllevar su hasta hoy aflictiva existencia. Damos nuestra más cordial enhorabuena al joven artista y a sus distinguidos y numerosos acreedores.» Dios mío, ¿pero qué habéis hecho? ¡Es horrible!... Vamos a ir a la cárcel...

Milagros — Ahora, mira aquí. ¿Qué ves?... ¿Qué ves aquí?

Bonifacio — Un retrato de un señor que no conozco.

César — ¿Qué ves debajo?

Bonifacio — Una cruz negra y unas letras que dicen: «El notable ingeniero don Teogasto Blanco de Rueda, recientemente fallecido en Bolivia y tío del notable artista don Bonifacio, a quien ha legado catorce millones de pesos.» ¡Pero si este señor no es mi tío!

César — Pero dale, ¿y qué más da, hombre?

Bonifacio — ¿Pero de dónde habéis sacado este retrato?

Milagros — Es de un señor desconocido, que lo tenía en la bohardilla una «cocotte» que vivió dos meses en el entresuelo y que se lo dejó olvidao.

Bonifacio — Y toda esa patraña, ¿quién la ha escrito?

César — Menéndez, Olegario Menéndez, el insigne decano del reporterismo madrileño.

Bonifacio — Bueno, ¿y qué os habéis propuesto con esta peligrosa farsa, vamos a ver?

César — ¿Que qué nos hemos propuesto?... Pues que al cebo de esta gran fortuna que anunciamos, los que al sabernos pobres nos despreciaban, al creernos ricos nos abran créditos,

nos ofrezcan auxilio, nos presten apoyo económico, y tengamos ropa y comamos; así yo podré presentarme decorosamente a pedir un trabajo digno, y dejaré de ser despreciado como un paria, por los padres de mi novia, de mi Pepita, a la que sabes que amo tanto. ¡Ah, todo por ella!

Milagros — Y tú pintarás, y te pondrás más gordo, y nos casaremos, y en cuantito que ganes lo suficiente, quitamos a mi padre de guardia y me compras un «renard», que son mis dos ilusiones.

Bonifacio — ¿Pero no comprendéis que todo esto puede parecer un timo?

César — ¡Ah, eso no! Nosotros no hemos de pedir una peseta a nadie, ni hemos de firmar un papel. Tomaremos lo que nos ofrezca la codicia ajena. Ni más ni menos.

Bonifacio — ¡Esto es una locura!

César — Pero si lo es y nos salva, ¿qué más da? ¡Bendita sea!

Milagros — Eso, ¡bendita sea!

César — La juventud es audacia, no claudicación. El que claudica sucumbe.

Milagros — Sí, señor.

César — Bonifacio, no claudiquemos.

Milagros — No, señor.

Bonifacio — No chilles, mujer.

Milagros — Sí, señor.

César — La vida es un banquete al que estamos todos invitados.

Milagros — Todos.

Bonifacio — ¿Pero quieres callarte?

Milagros — ¡No!... ¡Digo, sí!... ¡Si es que este hombre me arrastra!

César — Y además, ya es imposible retroceder. ¡Todo Madrid se habrá enterado a estas horas!

Milagros — Y luego tan bien preparao como lo tenemos todo pa cuando venga la gente a daros el pésame.

Bonifacio — ¿Pero qué es lo que habéis preparado?

Milagros — Pues el retrato de tu tío, el americano.

César — Sácalo para que lo vea.

Milagros — *(Va a la alcoba y saca un retrato al carbón de busto, en tamaño poco menos del natural. Es un señor de cincuenta y tantos años, con bigote y mosca blancos. Lleva puesto un jipi. El marco ostenta un lazo de crespón*

y un gran pensamiento con una cinta en que se lee: «¡Ay, mi tío!») Mira.

Bonifacio ¡Santo Dios!... ¡Pero si parece arrancado de un sarcófago!

Milagros El pensamiento se lo he adquirido por cuarenta céntimos a la viuda del segundo, que está para casarse otra vez y liquida tóo lo del luto; el crespón lo compré por seis reales en la tienda de la esquina, y en esta cinta que he mandao teñir he puesto con letras de papel plateao de chocolate del bueno: «¡Ay, mi tío!»... Pa que se vea la pena. *(Llaman.)* Ya han llamao, ya han llamao...

Bonifacio ¿Quién será?

Milagros A ver si es alguno que viene ya a daros el pésame. Es posible...

César Pon el retrato encima del caballete y que cubra la bacante... ¡Así!... ¡Que se vea el pensamiento!

Milagros Bueno, y vosotros, ¡por Dios!, poneros tristes, suspirar... ¡que se os conozca el dolor!

Bonifacio ¡Yo no puedo, yo no tengo ánimos para esta farsa!

César Ponte triste, hombre, y no seas necio. ¡Fíjate en mí! *(Pone una cara muy triste.)*

Bonifacio *(Se abraza al retrato de mala gana.)* ¡Ay, mi tío!

Milagros *(Mirando por el ventanillo.)* ¡Chist!... No llorar, que es un chico del Continental.

ESCENA VI

DICHOS y UN CHICO del Continental.

Chico Buenos días.

Milagros ¿Qué se t'ofrece?

Chico ¿Don César del Girón?

César ¿Qué hay?

Chico Una carta pa usté, y si me hacen ustedes el favor de firmarme el sobre...

César *(Con interés.)* ¿Una carta para mí? *(La coge, rasga el sobre y se lo da a Bonifacio.)* ¿De quién será? *(La lee ávidamente.)*

Bonifacio *(Firma el sobre.)* Toma el sobre.

César Darle algo al muchacho.

Milagros ¿Que le demos algo?... ¿Y qué le vamos a

dar? *(Al Chico.)* ¿Quiés un poco de agua?

Chico Me hace hestérico.

Milagros Pues no tenemos otra cosa, rico... Eso sí, como buena, te gustaría mucho.

Chico ¡Vaya unos pelanas! *(Vase y cierra.)*

César *(Después de leer la carta, pasea desesperado, frenético, mesándose los cabellos.)* ¡Ah, no, no, no será! Creer que voy a consentir esa infamia... ¡Nunca!... ¡Consentirlo yo!... ¡Sí, sí!... ¡Ja, ja!... ¡Ya, ya!... ¡Jamás!... ¡No, no y no!... Antes el desquiciamiento, la catástrofe, la muerte...

Bonifacio Pero, César...

Milagros ¿Pero qué le pasa a usté, don César?

César ¡Ah, bandidos!... ¡Lo que yo me temía!... ¡Ah, miserables!... ¡Llevársela!... ¡Ah, no, no será!... ¿Apartarla de mi lado?... ¡Sí, sí!... ¡Ja, ja!... ¡Ya, ya!... ¡Nunca! ¡Jamás!... ¡Verdugos! ¡Criminales!

Bonifacio ¡Por Dios, César! ¡No te angusties de ese modo, que se te cae el tapete!

Milagros Calma, don César, que se está usté espeluznando.

Bonifacio ¿Pero de quién es esta carta que te ha puesto así?

César De ella, de mi amor, de mi vida, de mi Pepita.

Milagros ¿Y qué dice?

César Que se la llevan, que me la arrebatan.

Bonifacio ¿Se la llevan?...

Milagros ¿Pero lo quien dejar a usté sin Pepita?

César Sin Pepita. *(A Bonifacio.)* Toma y lee.

Bonifacio «Mi adorado César: Mi padre acaba de decirme que esta noche nos vamos en un tren que sale a las ocho. Pretenden separarme de tu lado. Estoy loca. No sé dónde me llevan, pero llévenme donde me lleven, todas mis ansias son para ti. Sospecho que vamos a Alcázar.»

Milagros ¿Donde las tortas?

Bonifacio *(Leyendo.)* «Si me amas, ven por ellas. Voy a hablar con mamá a ver si me dice algo en concreto. Pasa por frente a mi balcón sin perder minuto, y lo que averigüe, te lo escribiré en un papel. Arréglatelas de modo que aunque te vea papá no te conozca, porque como te conozca, no te conocen. Se ha comprado una garrota, que cuando se mar-

cha, se la tienen que bajar en el ascensor. Y la ha puesto una dedicatoria para ti, en caracteres árabes, que empieza diciendo Alá...»

Milagros ¿Alá? Pues ya sé cómo acaba: ¡A la Casa de Socorro!

Bonifacio *(Leyendo.)* «Ven a escape. O a tus brazos o al Depósito, Pepita.» ¡Qué canallas!...

César ¡Esto es un secuestro!... ¡Quieren robármela!... ¡Pero, ah, no, no será! ¡Yo lo juro! Corro a evitarlo. Bonifacio, necesito vestirme, desnúdate.

Bonifacio ¿Pero estás loco?... ¿Dónde vas a ir con estos pingajos?

César ¡Pues yo salgo, sea como sea! Dame el puño, la bota, el medio hongo...

Milagros ¡Pero, por Dios, don César, que si lo cogen a usté en la calle de hongo y tapete va usté a la cárcel!

César ¡Ah, una idea salvadora!... ¿Tú tendrías?...

Milagros ¿Pero se quié usté poner un traje mío?...

César ¿Tú tendrías un traje de tu padre?

Milagros No, señor, porque precisamente hoy, como mi padre está franco de servicio, pues se ha puesto el traje de paisano y no tengo más que el uniforme, que lo he subido aquí, a nuestra bohardilla, y se lo estoy limpiando.

César ¿El uniforme?... ¡Ah, qué idea!... *(Vase corriendo puerta izquierda.)*

Bonifacio ¿Pero qué va a hacer ese loco?

Milagros ¿Pero dónde irá?... ¿Querrá marcharse de uniforme?

Bonifacio No, mujer; a eso, ¿cómo se va a atrever?

César *(Entrando, con el uniforme completo de guardia, incluso la capota, sable y casco.)* Aquí está el uniforme.

Milagros *(Aterrada.)* ¿Pero qué va usted a hacer?

César Ponérmelo.

Milagros ¡Ay, no, don César, que me pierde usté!

Bonifacio ¡Por Dios, César, no hagas locuras!

Milagros ¡Que mi padre me mata!

César No temáis; es un minuto. Nadie me conocerá. Yo necesito saber dónde se la llevan. *(Se mete en la alcoba.)*

Milagros ¡Ay, no, Bonifacio!... Entra y quítale el uniforme, que es mi perdición.

Bonifacio César... César... *(Pretende entrar.)* ¡Ha ce-

rrado por dentro!... ¡César, no hagas una locura!

Milagros ¡Ay, Bonifacio, que no se vista, que estoy que no sé lo que me pasa! ¡Este hombre es un torbellino!

Bonifacio Un torbellino que nos va a arrastrar a todos a un compromiso horrible. Ha matado a mi tío, ha publicado el retrato de un señor desconocido dándole por muerto, y ahora quiere ir a ver a su novia vestido de guardia.

Milagros *(Casi llorando.)* Tú figúrate, la perdición si mi padre...

ESCENA VII

DICHOS y el SEÑOR SANTOS, por la izquierda. Tipo achulado.

Santos Buenos días.

Milagros *(Consternada.)* ¡Mi padre!

Bonifacio ¡Mi madre!

Santos *(Con furia reconcentrada, dirigiéndose a Milagros.)* ¡Maldito sea el jarabe!... ¿Pero cuántas veces tengo que advertirte que no me holles ni con la punta de la bota el indizno enladrillao de este sotabanco?

Milagros Pero, padre, si es que ha sío que...

Santos *(Amenazándola.)* ¡Ha sío qué!... ¿Pero es que me expreso yo en yugoeslavio?

Milagros Padre, yo...

Bonifacio Señor Santos, está aquí porque yo la he rogado que me pegase...

Santos Pa eso haberme llamao a mí.

Bonifacio Que me pegase un botón en este chaleco que...

Santos Basta. Con usté no cruzo yo ni la primera persona del presente del verbo saludar, que es «buenos días». De forma que a ese pintarrajeador no le vuelves a dirigir la palabra ni por la cablegrafía sin hilos, si no quieres que te casque.

Milagros *(Llorando.)* ¡Pero padre!...

Santos ¡Anda pa casa! En cambio, no me habrás limpiao el uniforme, que me lo tengo que poner ahora mismo, que me han llamao de la Comisaría pa un retén. ¿A que no?

César *(Sacando la cabeza con el casco puesto, por*

uno de los cristales rotos de la puerta de la alcoba.) ¡¡Cielos!!

Milagros *(Casi simultáneo.)* ¡¡Ah!!...

Santos ¿Qué te pasa?

Milagros No, nada... *(Temblando.)* ¿Y dice usté que se tié que poner el uniforme?

Santos El uniforme.

Milagros Bueno, pues... *(Como pidiéndolo indirectamente, gritando mucho cada vez que le nombra y mirando ansiosa hacia la alcoba.)* ¡El uniforme!... Lo tenía yo medio limpio, pero como quería que... ¡el uniforme! quedase como el oro... pues dije, ¿qué haré yo con... ¡el uniforme!... pa que las manchas que tenía... ¡el uniforme!...?

Santos ¿Pero te estás burlando u que es esto?... ¿A qué repetir tanto el uniforme?...

Milagros Pero padre, si es que yo quisiera que... ¡el uniforme!...

Santos Anda pa casa, so pamplinera, holgazana.

Milagros ¡Ay, el uniforme!... *(Vanse padre e hija puerta izquierda.)*

ESCENA VIII

BONIFACIO y CESAR.

Bonifacio Tú... *(Llama a la puerta de la alcoba.)* ya lo has oído. ¡Venga el uniforme!

César *(Apareciendo vestido de guardia.)* Ya es tarde.

Bonifacio ¡Tú de guardia!

César Y que parezco un guardia de cuota.

Bonifacio César, por lo que más quieras, desnúdate, que es un compromiso horrible para Milagros.

César No me desnudo.

Bonifacio César...

César No me desnudo, pase lo que pase. Lo primero es salvar a Pepita.

Bonifacio Pues yo no te dejo ir, ea. *(Va hacia la puerta.)*

César Bonifacio, aparta o te fracciono. *(Le amenaza con el sable.)*

Milagros *(Entra corriendo angustiada.)* ¡El uniforme!

Bonifacio *(Le señala a César.)* ¡Mira!

Milagros ¡Ah!... ¡Quíteselo! *(Vase.)*

César ¡Atrás! *(Blandiendo el sable.)*

Bonifacio ¿Pero quién se lo quita, si esto ya no es un amigo, esto es el teniente Ruiz?

Milagros *(Que vuelve.)* ¡El uniforme! *(Vase.)*

Bonifacio César, repara en el compromiso.

César ¿Qué me importa a mí el compromiso, ni el señor Santos, ni Milagros, ni nadie?... Ella sufre, ella llora, ella me demanda... pues corro en su busca... ¡Todo por ella! *(Vase.)*

Bonifacio ¡Al menos tápate el 415!... ¡Que no te vean el número!... *(Acongojado.)* ¡Ay, madre de Dios, si lo cogen! ¡Este loco nos pierde! Mata a mi tío, a poco me mata a mí, puede que mate a su suegro...

ESCENA IX

BONIFACIO y MENENDEZ.

Menéndez *(Que entra aterrado.)* ¡A poco me mata! ¡Qué bárbaro!

Bonifacio ¿Quién?...

Menéndez Un guardia que bajaba las escaleras de cuatro en cuatro, esgrimiendo el sable y diciendo que se iba a Alcázar.

Bonifacio ¿Pero no le has conocido, querido Menéndez?

Menéndez Llevaba la cara metida en el cuello de la capota y no he podido fijarme...

Bonifacio Pues era César.

Menéndez ¡César de guardia! ¿Pero cómo?

Bonifacio Pues nada, que el sastre se nos llevó el traje, que la novia ha escrito angustiada diciendo que se la llevan de Madrid, y él, desesperado, se ha ido a verla con el uniforme del señor Santos.

Menéndez ¡Atiza, qué horror! ¿Pero no podía ir de paisano?

Bonifacio No, porque no tenía más que dos uniformes, o el del señor Santos o el de Adán; y ha optado por el primero aunque menos vistoso. Siéntate, Menéndez. *(Le da la silla de tres patas.)*

Menéndez No, deja, muchas gracias; tenéis unas sillitas que son pa no molestarlas.

Bonifacio Hombre, guardando el equilibrio...

Menéndez Es que aquí se cae Blondín. Pero, bueno, de-

jemos minucias y a lo que venía... *(Con entusiasmo.)* ¿Qué?... ¿Habrás leído mi artículo?

Bonifacio Lo he leído.

Menéndez ¿Te habrán enterado de nuestro proyecto?

Bonifacio Me han enterado de todo, y desde que lo sé estoy con un temblor que no vivo. ¡Habéis hecho una atrocidad, Menéndez!

Menéndez ¿Cómo una atrocidad?... ¿Pero qué estás diciendo, so pusilánime?

Bonifacio ¿Pero qué vamos a lograr con que la gente nos crea ricos, si en realidad no tenemos un céntimo?

Menéndez ¡Ah, querido beocio, no conoces el planeta que pisoteas! Con los tacones torcidos no encontramos nunca el camino de la justicia ni de la protección.

Bonifacio Sí, pero...

Menéndez *(Sin dejarle hablar.)* El remiendo aisla. Ampárate, sea como sea, en el decoro de un traje, indica la posibilidad de una fortuna de la que todos puedan quitarte algo y habrás despertado en la Humanidad los sentimientos más puros; amor, amistad, justicia, protección.

Bonifacio Sin embargo, permíteme que...

Menéndez Tendrás, crédito, consideraciones, honores... y sobre todo habrás roto la cadena que te sujeta a la miseria y tu juventud anhelante podrá continuar su rumbo hacia la vida, hacia el ideal y hacia la tienda de ultramarinos, cosa, aunque más prosaica, no menos útil que las dos primeras.

Bonifacio Bueno, pero si esta superchería se descubre...

Menéndez Cuando se descubra, todos los objetos estarán logrados... Tendrás ropa, comida, trabajo, amor.

Bonifacio ¿Pero el final?

Menéndez Está previsto. Un final digno de mi ingenio, apoteósico, estupendo, eximente, plácido e inenarrable. Confía en mí: no os sucederá absolutamente nada.

Bonifacio Bueno, pero de todo esto tú...

Menéndez Un módico tanto por ciento; ya lo tengo ajustado con César... De todo lo que os fíen, los dos quintos.

Bonifacio Los dos quintos vamos a ser nosotros.

Menéndez Ni una palabra más. Ahora a prepararlo

todo. Mi artículo ha hecho una sensación enorme. El director de mi periódico ha ordenado al redactor fotógrafo que venga inmediatamente a hacer una información gráfica; de modo que ya lo sabes, en cuanto llegue el caso, cara compungida, palabra entrecortada, gasa en el sombrero, o en lo que haga sus veces, y algo de luto. ¿No tenéis por aquí nada negro?

Bonifacio No sé si quedará un poco de tinta.

Menéndez Calla, mi pardesú, mi pardesú que es negro. Póntelo a ver. *(Se lo pone.)* ¡Admirable! *(Se escuchan voces en la escalera.)*

Bonifacio ¡Calla!... ¡Voces en la escalera! ¿Oyes?

Menéndez ¡Juraría que es César!

Bonifacio *(Atendiendo.)* ¡Sí, es César!... Dios mío, ¿qué le habrá ocurrido?

Bonifacio Abre a ver.

ESCENA X

DICHOS, CESAR y EL ESTOPA.

Al abrir la puerta entran violentamente, el Estopa, tipo de vendedor ambulante. Viene con la faja arrantrando, la gorra al pescuezo, las greñas por la cara y una cesta de bollos en la mano. César lo trae cogido por la blusa y lleva al brazo una pelliza. Viene sucio de tierra, con el casco abollado y metido hasta las orejas; rotos la capota y el pantalón del uniforme. Blande una enorme navaja, con la que en su furiosa indignación amenaza al Estopa. Dan al entrar unos cuantos pasos y quedan en una trágica actitud.

César *(Trágicamente y amenazando al Estopa con una navaja.)* ¡Miserable!

Estopa *(Forcejeando.)* ¡Suélteme usté!

César ¡Estese usté quieto o le atravieso, so criminal!

Estopa *(Casi llorando.)* ¡Es que he sío atropellao de mala forma, guardia!

Bonifacio ¿Pero quién es este hombre?

César *(Con terror.)* ¡Un detenido!

Men. y Bon. *(Con espanto.)* ¡Un detenido!

Estopa Se le ha dicho una expresión malsonante a mi tía Aniceta, guardia.

César ¡Suelte usté la cesta de los bollos!

Bonifacio ¡Ah! ¿Pero son bollos?

César De canela tiernos.

Bonifacio ¡Tiernecitos de canela! *(Coge la cesta y come. Menéndez le imita.)*

César *(Al Estopa.)* Pase usté encerrado ahí dentro. *(Toma otro bollo y come. Le señala la alcoba.)*

Estopa *(Desesperado.)* Es que se me ha puesto la mano aquí, *(En la cara.)* guardia, ¡aquí!... ¡Maldito sea el viento!... Se le ha puesto la mano aquí a Evaristo Suárez, alias el Estopa... ¡Aquí, joven!... ¡Aquí, caballero!... ¿Por qué no m'ha dejao usté rebanarlo?... ¡Pegarme a mí!... ¡Si lo sabe la Usebia!... ¡Maldito sea el viento!... *(Llora, se muerde los dedos, se da bofetadas, puñetazos. Se mesa las greñas.)*

César Bueno, pase usté ahí dentro, que voy a dar ahora mismo aviso telefónico al señor Comisario.

Estopa Se me ha puesto el pie aquí, guardia...

César ¡Adentro!

Estopa Aquí, joven; aquí, caballero.

César ¡A callar!... *(Le meten dentro a empujones.)*

ESCENA XI

CESAR, BONIFACIO y MENENDEZ.

Bonifacio Bueno, pero, ¿cómo te has traído esta Mallorquina? *(Se come un bollo.)*

Menéndez ¿Pero qué te ha pasado? *(Coge otro bollo.)*

César Una cosa espantosa, horrible, trágica. ¡Es un preso!... ¡Y tengo que llevarlo al Juzgado de guardia!

Bonifacio No le lleves, que os quedáis los dos.

Menéndez ¿Pero, por qué tuviste que detenerlo?

César ¡Porque el infierno se conjura contra mí! Oidlo y aterraos. Ya os podéis figurar cómo iría yo cuando salí de casa; con la cara metida en el cuello de la capota, la visera sobre los ojos y el paso rapidísimo. Cada vez que un transeunte me miraba el casco, yo me llevaba la mano al número y me acariciaba el cinco para evitar la clara lectura de los guarismos. De esta suerte atravieso la calle, me adentro en el callejón, desemboco

en la plaza próxima y en esto oigo aterrado dentro de una taberna un vocerío infernal, y veo que de ella sale a la calle un grupo tumultuario, del que se destacaban las feroces siluetas de dos bolleros dándose una de tortas que espasmodizaba. En esto viene corriendo hacia mí un caballero, y cogiéndome del brazo, me grita: ¡Corra usted, guardia, que se están matando!—No puedo detenerme, le respondo, voy a un acto de servicio.—Su obligación de usted es ir a separar a aquellos dos hombres. Yo me resisto, la gente indignada me increpa, el caballero me toma el número y dice que se lo dirá a un teniente de Orden público, amigo suyo En esto la pelea arrecia, los contendientes sacan la navaja, la gente chilla, me reclama, me empuja entre los campeones y yo entonces, excitado por el terror a un golpe, por el miedo a que vinieran otros guardias y por mi tremenda desdicha, saco el sable con un ímpetu, que Napoleón me habrá sonreído, *(Saca el sable roto por la mitad.)* y empiezo a repartir cintarazos, hiero a uno, contusiono a otro, escalabro a cinco o seis y al fin, dando gritos y sin saber lo que hacía, cojo a ese hombre por el pescuezo y me lo traigo aquí como un rayo, entre el vocerío espantoso de la gente que nos seguía. «Et voila tut». *(Coge un bollo y se lo come.)*

Menéndez ¡Dios mío, qué complicación!

Bonifacio ¿Y qué vamos a hacer con este detenido?

César No, el detenido es lo de menos; porque ahora mismo lo suelto y el tío encantado de la vida; pero lo grave no es eso.

Bonifacio ¿Pues qué es?

César Lo grave es el uniforme roto, el sable en dos pedazos y el cuatrocientos quince denunciado, por lo cual es muy posible que dejen cesante al señor Santos

Bonifacio Dios mío, es verdad. ¡Qué horror!

Menéndez Y hasta puede que lo arresten.

Bonifacio Bueno, si lo arrestan hay que tomar una determinación.

César No, si lo arrestan hay que tomar dos pasajes en el primer transatlántico que zarpe para el Cabo de Hornos, porque me va por la cabeza que nos calientan. *(Coge otro bollo.)*

Bonifacio Oye, tú, que llevas tres bollos.

César Ya lo sé. *(Se desabolla el casco.)*

Bonifacio Digo de repostería.

Menéndez Bueno, calma; debéis proceder con orden. Lo primero que debe hacerse es echar a ese hombre a la calle.

Bonifacio Sí, hay que echarlo.

César Toma, eso es facilísimo. *(Llamando en la puerta de la alcoba.)* Chist... oiga... chist... amable camorrista. *(Pausa.)* Discreto y acreditado bollero... Haga el obsequio de salir.

Estopa *(Que sale llorando y dándose bofetadas y golpes.)* ¡Aquí!... Me se ha puesto la mano aquí, guardia. ¡Maldito sea el viento! ¡Pegarme a mí ese atún y no estar ya en rodajas a la puerta de una pescadería!... ¡Si lo sabe la Usebia! ¡Ay, mi madre!... ¡Aquí!

Bonifacio Bueno, cálmese.

Estopa Yo, detenido como un criminal... ¡Ay, qué afrenta!

César Bueno, no llore usté más y tranquilícese; precisamente le hemos llamado para eso.

Estopa ¿Para qué?

César Para decirle que queda usted libre desde este momento.

Estopa ¿Cómo?

César Que puede usted irse a la calle cuando quiera.

Estopa ¿Yo a la calle?

César Sí, señor.

Estopa ¡Quiá, hombre, de ninguna manera!

Bonifacio ¿Cómo que no?

Estopa Que no. señor. Eso quisiá el Babuchas, que yo me fuera libre; pero quiá... Usté me lleva ahora mismo a la Comisaría.

César ¿Yo? *(Aterrado.)*

Estopa Usté, sí, señor. Quiero que me pasen al juez; que se hagan tres o cuatro atestaos, yo atestao, el canasto atestao.

Bonifacio ¡Hombre, el canasto!... *(Mirando la cesta.)*

Estopa Protesto por detención arbitraria; acuso al Babuchas de tentativa de estafa, se forma sumario y le meto en presidio. Conque ya me está usté llevando a la Comisaría.

César ¡Hombre, por Dios!... ¡No se meta usté en líos con los Tribunales!

Estopa Eso es cuenta de un servidor. Usté me lleva

ahora mismo a la Comisaría. ¡Maldito sea el viento!...

César (¡Qué compromiso! ¿Y qué hago yo ahora con este bestia?)

Estopa Maniáteme usté inmediatamente.

Bonifacio Vamos, querido Estopa, serénese y váyase con los bollos a engolosinar a su infantil clientela; crea usted a un amigo.

Estopa Bueno, menos razones. Usté se viene ahora mismo a la Comisaría. *(Coge al guardia del brazo.)*

César Haga el favor de soltarme, bollero.

Estopa ¡A la Comisaría, he dicho!

Bonifacio Oye, no te incomodes, que este tío te lleva atado codo con codo.

Menéndez Usted tiene que obedecer a la autoridad; conque a la calle.

Estopa Yo me llevo este guardia a la Comisaría... ¡Conque eche usté pa alante! *(Se lo quiere llevar a empujones.)*

César ¡Por Dios, detenido!... ¡Un poco de calma!... ¡Que yo no he dado motivos para esto!

Estopa ¡A la Comisaría! *(Llaman a la puerta.)*

ESCENA XII

DICHOS, DON COSME, CARMELINA y una DONCELLA con una bandeja de emparedados y copas de vino.

César ¡Pronto, pronto, que es el casero! ¡Encerrad al detenido! Adentro, adentro a escape. *(Lo encierran.)* El casero, que sube emocionado, con el periódico en la mano. ¡Y viene con su hija!...

Menéndez ¡Uno que ha mordido el anzuelo!... ¡Preparemos el retrato!... *(Lo arregla.)*

Bonifacio Oye, y yo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

César Pues tú no hagas más que llorar, decir: «¡Qué bueno era!» y darle besos al tío. Lo demás ya lo diremos nosotros.

Bonifacio Tú, César, ponte la pelliza del Estopa. *(César se la pone y se quita las medias polainas. Menéndez oculta en la alcoba el resto de las prendas del uniforme.)* A escape.

César Ya está. Tú, llora; tú, abre. *(Bonifacio con*

los brazos sobre el retrato llora y lo besa. César trata de consolarle.)

Menéndez *(Afligido.)* Adelante.

César *(Abrazando a Bonifacio y dándole golpes afectuosos en el hombro.)* Nada, nada, Bonifacio, resignación, conformidad; ten conformidad.

Bonifacio *(Llorando, besa el retrato.)* ¡Qué bueno era!

César Son trances amargos, pero ¡qué remedio! Es la Providencia la que los ordena.

Cosme *(Adelantando muy compungido.)* Señores, ustedes perdonen que interrumpa su duelo, pero...

César ¡No, por Dios! Pase usted, don Cosme, pase usted.

Cosme Pero es que tanto la niña como yo, subimos verdaderamente estupefactos... por lo visto este suelto que acabamos de leer en el periódico se refiere a ustedes...

César ¡A nosotros, sí, señor, a nosotros!

Cosme ¿De modo que eso de los... de los catorce millones?...

César ¡Para este desgraciado, sí, señor!

Cosme *(Abrazándole.)* Don Bonifacio, resignación. Reciba usted mi más entusiasta pésame... mi más dolorida enhorabuena.

Bonifacio ¡Qué bueno era!

Cosme ¡Catorce millones!

César Está inconsolable. No hace más que besarlo.

Cosme (¡Y es para comérselo!) Pues nosotros cuando lo hemos leído no dábamos crédito a los ojos.

César No me choca. ¡Como usted no acostumbra a dar crédito a nada!...

Cosme ¿De modo que su señor tío ha fallecido en Mara... *(Lee el periódico.)* en Maranagua del Abanico?...

Carmelina Del Pay-Pay, papá.

Cosme Bueno, ¿qué más da? ¿Y de qué ha sido?

César ¡Un enfriamiento!

Cosme ¡Claro, el pay-pay! ¿Y antes, cuando yo he subido, no sabían ustedes nada?

César Absolutamente nada. Lo hemos sabido como usted, por el periódico primero, y al fin, por este señor, amigo nuestro, que es un agente judicial boliviano que viene a recoger nuestros papeles.

Menéndez ¡Honorable servidor!

Cosme ¡Caballero!

César El nos ha traído la notificación oficial de la desgracia.

Menéndez Y los documentos probatorios para empezar las negociaciones hereditarias.

Cosme ¡Ya, ya!... ¿De modo que el tío es este señor?

César Este.

Cosme *(Lo mira y se persigna.)* «Requiescat in pace».

Carmelina ¡Qué aspecto tan simpático y tan modesto!

Cosme No parece un tío de tanto dinero.

Carmelina Y fíjate, papá, tiene bigote y mosca. *(Mirando al retrato.)*

Cosme ¡Un tío con catorce millones!

Carmelina *(Siempre mirando el retrato.)* Es una mosca blanca.

Bonifacio ¡Qué bueno era! *(Lo besa.)*

Carmelina ¡Por Dios, don Bonifacio, resígnese!

Bonifacio ¡Ah, señorita! *(Se abraza a ella, que le rechaza dulcemente.)*

Carmelina Y una servidora se ha permitido subirles a ustedes, comprendiendo que el dolor hace olvidarse de las groseras necesidades de la vida, unos emparedados y una botella de vino.

César ¿Vino blanco?

Carmelina No me he atrevido por el luto. He subido «Lágrima Christi»... Un vino de circunstancias.

César ¡Qué delicadeza!

Cosme Y hasta a los emparedados les ha puesto una trufa, para que tuvieran algo negro. ¡Está en todo!

Cosme *(A Bonifacio.)* Cómase éste, ande, don Bonifacio.

Bonifacio *(Se lo come.)* ¡Qué bueno era!

Carmelina Don César... *(Le ofrece una copa.)* Un sorbito.

César ¡Ah, señorita! *(La abraza. Igual juego que antes. Bebiendo.)* ¡Qué bueno es! *(Bebe. La abraza.)*

Cosme *(A Menéndez.)* ¡Ah, caballero!... ¡Parece mentira!... ¡Con lo que han sufrido estos pobres jóvenes!

Menéndez Pero ya no hay que pensar en eso, señor mío; para estos muchachos la fortuna ha cambiado, y ahora mismo se vienen conmi-

go a mi casa hasta que les alquile un palacio en la Castellana.

Cosme — ¿Llevárselos de aquí? ¡De ningún modo! En la misma casa donde han sufrido el dolor y la miseria, quiero que reciban las primeras sonrisas de la fortuna.

Carmelina — Precisamente tenemos un entresuelo amueblado junto al nuestro. El que habitaba mi hermana, que marchó a Canarias con el marido.

Menéndez — ¡Ah, señorita! *(La abraza. Igual juego.)*

Cosme — ¡Excelente idea!

Menéndez — Sí, pero usted se hará cargo que las tramitaciones de esta clase de herencias son bastante largas, y estos jóvenes necesitarán ciertos créditos, ciertos anticipos... que sólo yo debo sufragar...

Cosme — Ni una palabra más. Los he visto sufrir. Los quiero como a mis hijos. Sé lo que me cumple.

Los tres — ¡Ah, don Cosme! *(Le abrazan a un tiempo.)*

Carmelina — ¡No nos priven de esta alegría!

Los tres — ¡Ah, señorita! *(Van a abrazarla los tres. Don Cosme los aparta. Llaman a la puerta.)*

ESCENA XIII

DICHOS, MILAGROS y el SEÑOR SANTOS.

Menéndez — *(Abriendo.)* ¿Quién?

Santos — *(Asoma con un periódico en la mano. Con la otra trae como a la rastra a Milagros.)* ¿Se puede pasar?

Menéndez — Adelante.

Santos — *(Tembloroso.)* Don Bonifacio... señores... Ustedes disimulen, pero me acaba de leer la chica la suerte que han tenido ustedes con la desgracia que les ocurre del fallecimiento del tío de los catorce millones; y en seguida he dicho a la chica, digo, que aquí está ella presente. No tienen ná que ver unas cosas pa otras. ¿Les aflige una desgracia?... Pues ahora es cuando debemos consolarlos. Pa las ocasiones son los amigos. De forma, que yo no sabré expresarme con el aquel que hace falta, pero soy todo corazón. Con que, si se

les ha muerto a ustedes un tío, aquí hay otro. *(Abre paternalmente los brazos.)*

Milagros (¡La chica del casero consolándole!)

César Señor Santos, gracias, muchas gracias. La desgracia que nos aflige ha sido tan...

Santos Sí, señor, tan rara; ya lo comprendo. Han tenío ustedes una desgracia que ha sío una suerte. Ya me figuro que estarán ustedes que no sabrán si ponerse de luto o irse a la Bombilla.

César ¡Por Dios, señor Santos!

Santos Sí, señor; ¿pa qué vamos a andar con arrodeos?... ¡Lo que es la vida!... Nunca sabe uno lo que va a pasar. Ustés, hace un rato, náa, y de repente, Bagüeres.

César Sí, verdaderamente; nadie adivina lo que puede ocurrirle en un minuto. Usted ahora es guardia; ¡pues quién sabe a la noche!...

Santos ¡Quién sabe!... Bueno, y al respetive de lo de la chica, don Bonifacio, ya le he dicho lo que era menester. Con que levanta la cabeza y no estés achicá. Si yo hice oposiciones a la bacante fué por aquellos miramientos que debe tener un padre, que ustedes s'harán cargo; pero puestas las cosas en su punto, usté no sólo me pinta a la chica, sino que me la empapela en cuantito le dé la gana.

Bonifacio Gracias, muchas gracias.

Santos Encima de la pena que tiene usté, yo no le doy otra. *(Se limpia una lágrima.)* Abrázalo ahora que estoy afeztao, anda.

(Milagros va a abrazarlo y aparta a Carmelina que se pone delante.)

Cosme ¿Qué es eso de abrazar a un hombre? Fíjate que hay una señorita delante.

Milagros Pues por eso la aparto.

Cosme So mal educada.

Milagros ¡Ay, Bonifacio, que me faltan!

Bonifacio ¡Por Dios, respeten mi dolor! ¡No regañen, yo se lo ruego!

Carmelina No haga usted caso, Bonifacio. ¿Quiere usted tila, azahar, una poción antihistérica, una poción antiespasmódica, una poción?...

Milagros Bueno, quítese usted, que está usted haciendo una poción de tonterías, hale. Y no le limpie usté las lágrimas, que ya sabe él dónde tiene los ojos.

Santos *(A Milagros.)* Dale tu pañuelo.

Carmelina Tome usted el mío, que es más fino.

Cosme Bueno, basta de espectáculos desagradables. Tú, a limpiar el portal, que te están reclamando los zorros.

Milagros Yo no tengo que limpiar ná, ¿sabe usté? Y a lo de los zorros, ya le contestará a usté mi padre, que es guardia. ¡Eso es! De forma, Bonifacio, que hace falta que tú...

ESCENA XIV

DICHOS, el SEÑOR RUBIO y un DEPENDIENTE con varias piezas de telas negras.

Rubio *(Habla hasta el final del acto como un torbellino.)* Señores, dispénseme un instante; acabo de enterarme del inmenso dolor que aflige a ustedes, y ante la desgracia, todas las diferencias se liquidan. Antes les he tratado mal, lo reconozco, pero la satisfacción de hacerles a ustedes el luto, esa no me la quita nadie... Es una reparación que les debo. En telas les he traído desde el suntuoso cheviot hasta las más elegantes tricotinas; y respecto al corte, yo les garantizo...

César Perdone usted, señor Rubio; la testamentaría puede ser larga, y si tardamos en pagarle...

Rubio ¿Y qué importan cinco meses, ocho, veinte...? Dejemos minucias y procedamos, porque la cosa urge. Menelao, apunta. *(Menelao saca un lápiz y una libreta y escribe. Rubio tomando medidas y con un metro en la mano.)* Don Bonifacio: 25-67... 23. *(Por el señor Santos.)* ¿Y este señor?

César Es el portero.

Rubio ¡Ah, el portero!... Indicadísimo el luto... Una suntuosa librea... 135... 40... 36. ¿Y esta señorita?

Santos Es mi hija.

Rubio Convenientísimo un traje sastre... 19-32... 14

ESCENA XV

DICHOS y ESTOPA, de la alcoba.

Estopa *(Llorando.)* ¿Pero dónde está ese guardia?

César *(Tratando de ocultarse.)* (Atiza, el Estopa.)

Santos ¿Qué guardia?

Estopa ¡Que me lleven a la Comisaría!

Rubio Y este afligido y humilde menestral, ¿es heredero acaso?

Estopa *(Mirando el cesto de los bollos.)* ¡No me han dejao ná!

Rubio ¿Que no le han dejado nada?... No se apure usted; un traje de americana no hay quien se lo quite. 26-41... 36.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y un REPORTER, con un BOTONES que lleva una máquina fotográfica.

Repórter Señores, yo venía a hacer a ustedes una información gráfica, en nombre del periódico...

Rubio ¿Del periódico?... 32-25... 96... *(Le toma medida y cae el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gabinete amueblado con muy buen gusto y con todos los refinamientos modernos. Puerta al foro, que se supone conduce al recibimiento; otra a la izquierda, en primer término, con montante practicable. A la derecha, otra que conduce a habitaciones interiores; desde la puerta del foro a esta última, un pequeño «hall» con un ventanal de cristales de colores, lleno de plantas y arbustos. En mitad de la habitación y hacia la izquierda de la puerta del foro, un caballete muy elegante, con el retrato del acto primero, igualmente exornado. Penden del caballete, para mayor suntuosidad, unos paños de terciopelo morado, que dan fondo al retrato, llegando al suelo. Es de día.

TULA y BONIFACIO. Luego CESAR y el SEÑOR RUBIO

A la derecha, Tula, que es manicura, está haciendo las manos a Bonifacio, que está en pijama. Se hallan sentados en el «hall», cerca del ventanal, por el que entra un sol espléndido.

Tula — (*Dándole a las uñas con el* polisoir.) ¿Le molesto al señor?

Bonifacio — (*Que está leyendo un periódico.*) No, no, pula, pula, Tula.

Tula — El señor tiene unas manos que da gusto trabajar en ellas.

Bonifacio — ¡Oh, es usted muy amable, Tula! Sin embargo, no se fíe... Estas manos pueden resultar garras de lobo.

Tula — Yo las tengo más bien por manitas de cordero.

Bonifacio — ¿Tan inofensivo me cree usted, Tulita?

Tula ¡Ja, ja, ja!... No, no es eso... ¡El señor es muy malicioso!... Están quedando uñas uñas de nácar enteramente. ¿Le molesto?

Bonifacio No, pula, pula; Tula, pula... *(Lee. Pausa.)*

Tula ¡Y ya me han dicho que la herencia de los señores es fabulosa!

Bonifacio ¡Pchs!... Regular. No es para implorar la caridad pública, pero vamos... Catorce millones de pesos... nada.

Tula ¡Qué enormidad!... Yo he oído decir que los señores lo tienen casi todo en fincas de campo.

Bonifacio Sí, casi toda la riqueza americana, principalmente, es agraria. Tenemos grandes estancias de cultivo, inmensas vegas de tabaco, dilatadas praderas para el ganado, extensos cañaverales, enormes ranchos.

Tula ¡Ranchos!... ¡Qué curioso! ¿Y en esos ranchos, qué es lo que se encuentra?

Bonifacio Pues... lo que en todos los ranchos: patatas, judías, garbanzos, arroz... toci... digo...

Tula ¡Ah, vamos, como los de aquí!

Bonifacio Por el estilo, sino que todo en cantidades enormes.

Tula ¡Ah, eso de las cantidades en América creo que es fabuloso! ¡Allí, tengo oído que los ganados tienen una de cabezas!...

Bonifacio ¡Uf!... Se pierden las cabezas, se confunden, se atropellan. Los mismos propietarios no saben dónde tienen las cabezas, ni qué cabezas son las suyas. ¿Dice usted carneros?, pues miles y miles de carneros; ¿dice usted cerdos?, pues miles y miles de cerdos; ¿dice usted vacas?, pues miles y miles de vacas... Basta decirle a usted que la leche la reparten por cañerías.

Tula ¡Oh, qué fabuloso!... Ya, ya he visto yo algo de eso en las películas... Esas señoritas que montan, que corren a caballo por las dehesas tras el ganado... ¡A mí me entusiasman! En una ocasión, un señor me quiso llevar a mí a América y me ofreció naturalizarme en el país.

Bonifacio ¿Y por qué no se fué usted?

Tula No sirvo para americana; soy muy corta.

Bonifacio Pues, haberse quedado de guayabera, tonta.

Tula ¡Ja, ja, ja!... Sí, era un recurso. ¿Molesto?

Bonifacio Pula, pula, Tula, pula. *(Lee.)*

César *(Desde la puerta derecha, elegantísimo, de chaquet flamante, con flor en el ojal, anda mirándose la ropa.)* ¿Qué tal cae el chaquet?

Rubio *(Que sale detrás, contemplándolo.)* ¡Oh, una verdadera maravilla, mi respetable y acaudalado don César!

César Sin embargo, parece que aquí... *(Indicando el sobaco.)*

Rubio Sí, en efecto; si tiene usted la bondad de elevar un poco su distinguido brazo, le sentaré esta arruga de la sisa. *(Lo hace.)* Ajajá,

César Bueno, estoy que si me cromo-bromo-tipian, paso por la primera plana del «Vogue». ¿Qué te parezco, Bonifacio?

Bonifacio Que esta tarde te das un paseo por la Carrera de San Jerónimo y se recrudece la gripe.

Tula ¡Ja, ja, ja! *(Ríe.)*

César Sí, sí, búrlate...

Rubio ¡Ah, pues ya verá usted el «redingoat» que le estoy haciendo! Paño inglés, tono gris, con cuello y aplicaciones de «opossum» y topo en combinación.

César ¿Qué es «opossum»?

Rubio Pues, una especie de carnero siberiano... que yo combino admirablemente con el topo. *(Indicando sobre el traje de César.)* Aquí, topo; aquí, carnero; aquí, carnero; aquí, topo.

César Ya, ya comprendo.

Rubio Porque el topo solo, por mucho que se aplique, nunca queda bien.

César ¡Ah, naturalmente! Bueno, y hará usted el favor, señor Rubio, de dejarnos la cuenta de toda la ropa que ha traído...

Rubio ¡Pero, por Dios, señores, la cuenta!... ¡Qué prisa tan ridícula les ha entrado a ustedes!...

César A menos que quiera usted cobrar por trienios, en cuyo caso...

Rubio ¿Qué son trienios?

César Pues, períodos de tres años.

Rubio ¡Ah, pues tratándose de ustedes, lo mismo cobro yo por trienios que por cinco o seisenios!... ¡Me es igual!

César *(Riendo.)* Caramba, caramba, cómo cambian los tiempos, señor Rubio...

Rubio Para todos cambian, mi ilustre y querido cliente. No olvido un trajecito gris que les hice en la bohardilla, que importaba en globo sesenta pesetas, y después de dos años

aún no me habían ustedes abonado ni un céntimo.

César Sí, pero recuerde usted que la segunda vez que vino a cobrar se llevó una señal.

Rubio Ya me acuerdo, de una cacerola; aquí, junto a la sien. ¡Qué buen humor han tenido ustedes toda la vida!... ¡Ja, ja, ja!

César El arrojo juvenil.

Rubio ¡El arrojo!... ¡Ya, ya!... Conque me marcho, que les robo a ustedes su tiempo. *(En este momento entra la Doncella el desayuno en una mesita con ruedas.)*

César Nada de eso; el robado lo será usted. *(Vase Rubio.)*

Doncella El desayuno de los señores. *(Lo deja y vase.)*

César Tan sinvergüenza como humorista.

Tula *(A Bonifacio.)* ¿Qué le parece al señor cómo quedaron?

Bonifacio Muy bien, Tulita, muy bien.

Tula *(Poniéndose su sombrerito.)* Pues hasta que los señores me favorezcan de nuevo.

César Adiós, monísima. *(Le da la mano.)*

Tula Adiós, don César. ¡Hay que pulir esas uñas!... Hasta la vista. *(Vase foro.)*

ESCENA II

CESAR y BONIFACIO. Luego una DONCELLA.

Bonifacio *(Loco de alegría, abrazando a César.)* Bueno, esto es Jauja, querido César, esto es Jauja.

César ¿Lo ves? ¿Lo estás viendo, so cobarde?

Bonifacio Sí, tenías tú razón. Sin pedir nada, sin comprometernos a nada, sólo con habernos cobijado a la sombra de una gran fortuna, todo el mundo nos agasaja, nos sonríe...

César ¡Y nos fía!

Bonifacio Vivimos como dos «nababes», comemos como dos «Lúculos» y fumamos como dos «Wanderbilles».

César A ti ya te han encargado cuadros. Serás dentro de poco el pintor de moda, yo te lo aseguro.

Bonifacio Sabrás que Romanones se quiere quedar con la «Bacante».

César No me choca. Y yo, ya lo ves, entro en casa de mi novia, que la han traído de Alcázar.

Mi suegro ha regalado la garrota a un asilo para que tengan leña este invierno, y probablemente ¡me dará un destino!, tenemos protección, horizontes abiertos, créditos ilimitados...

Bonifacio ¡Ah, qué idea tan genial tuviste!

Doncella Con permiso de los señores... Acaba de subir don Cosme y pregunta si le pueden recibir los señores.

Bonifacio ¡El casero!

César ¿Qué querrá?

Bonifacio Recíbele; yo voy a vestirme. *(Vase derecha.)*

César *(A la Doncella.)* Dile que pase. *(Vase Doncella.)* Cada vez que sube este hombre siento así como un hormiguillo interior...

ESCENA III

CESAR y DON COSME.

Cosme *(Foro, desde la puerta.)* ¿Da usted su permiso?

César Adelante, mi señor don Cosme. ¿Quiere una tacita de café?

Cosme Acabo de desayunar, muchas gracias.

César Pero siéntese, amigo don Cosme, siéntese.

Cosme No, por Dios, no quisiera molestarle.

César Usted no molesta nunca; usted viene a su casa.

Cosme Bueno, pues el objeto de mi matinal visita, mi respetable don César, es notificar a ustedes que el señor Menéndez, su notario, albacea o como se le quiera llamar, a pesar de las indicaciones que ustedes mismos le hicieron anteayer, volvió anoche a pedirme ochocientas pesetas, moneda nacional, como él dice.

César *(Sorprendido.)* ¡Otra vez!

Cosme Sí, señor, otra vez, porque me dijo que tenía que sacar hoy sin falta una certificación legalizada y aclaratoria de que no poseen ustedes bienes raíces en el barrio de doña Carlota.

César *(Indignado.)* ¡Nosotros raíces en doña Carlota!... (¡Qué ladrón!) Pero hombre, no le haga usted caso. Demasiado sabe Menéndez que nosotros no hemos echado raíces en ninguna

parte... Y no nos íbamos a estrellar con doña Carlota.

Cosme — Yo me permití alguna ligera observación, porque verdaderamente saca certificados cuya eficacia no penetro; pero me sale al paso diciendo que son las leyes de Bolivia. Me tapa la boca con el Pay Pay.

César — Pues nada, nada, descuide usted, que procuraremos evitarle estos dispendios que nos tienen avergonzados.

Cosme — No, eso no; hay que gastar lo que sea preciso para que cuanto antes cojamos, es decir, cojan ustedes los catorce millones.

César — ¡Oh, qué bondadosísimo!

Cosme — Bueno, y ahora, mi querido don César—y me alegro que estemos solos—*(Mira alrededor.)* quiero hacerle a usted una pequeña confidencia de carácter íntimo y sentimental.

César — ¿De qué se trata?

Cosme — Pues se trata de que he observado con profundo disgusto, que mi hija Carmelina está enamorada de don Bonifacio.

César — ¡Caramba! ¿Qué me dice usted?

Cosme — Usted comprenderá mi gran preocupación. Porque, claro, aunque mi hija llevará al matrimonio millón y medio de pesetas, y eso no es ir descalza...

César — Eso es ir con botas de montar, don Cosme.

Cosme — Sin embargo, ¿qué es esta mezquindad comparada con la fortuna de su amigo?... Nada. Y yo me temo que la gente, y aun el mismo interesado, confundan este amor con un sentimiento de codicia. Por lo tanto, el favor que le suplico, es que usted explore el ánimo de don Bonifacio. En caso adverso, tendremos paciencia; en caso favorable, no lo olvide usted. Mi hija lleva millón y medio, les cedería esta casa como regalo de boda... *(Muy confidencial.)* y a usted le haría un regalito particular de veinte mil duros, moneda nacional.

César — *(Se derrumba, apoyándose en el mismo don Cosme.)* ¡Don Cosme! ¿A mí?

Cosme — ¡A usted!

César — ¡Veinte mil duros!

Cosme — Veinte mil.

César — ¿Moneda nacional?

Cosme — Nacional.

César Ni una palabra más.

Cosme En usted confío. *(Don Cosme vase foro.)*

César ¡Qué tío más lagarto! Claro que esto de los veinte mil duros es un sueño, porque antes que pudiera cobrarlos... ¡Dios sabe dónde tendré las narices! Pero si no la totalidad, por lo menos un anticipo sí le saco... ¡Eso es pan rallao!

ESCENA IV

CESAR y BONIFACIO, por la derecha. Luego MILAGROS y SEÑOR SANTOS, por el foro.

Bonifacio *(Saliendo, elegantísimo.)* Bueno, ¿qué te parezco así a vista de pájaro?...

César Chico, tienes una silueta que es para enfermar de la vista. Señora que te mire, conjuntivitis. Y si no al tiempo.

Santos *(Entrando con un traje de calle, café con leche, una corbata a cuadros blancos y negros bastante grandes y un hongo de felpa color marrón.)* Efusivos y opulentos.

César Adiós, señor Santos; buenos días.

Milagros *(Muy bien vestida, con traje sastre, lleva un renard muy grande en el cuello.)* ¡Pero qué muy aristocráticos!

Bonifacio ¡Hola, Milagritos! ¿Vosotros por aquí?

Milagros ¡Mi madre!... Chico, deja que me arrobe con tu contemplación.

Santos Vaya unos jóvenes bien, pero bien, bien vestidos.

César *(Pavoneándose.)* ¡Lo que va de un tapete a un chaquet, señor Santos!

Milagros Bueno, ¿y qué me decís a mí del renard?

Bonifacio Es preciosísimo. ¡Vaya finura!

Santos ¡Si no se lo compro, revienta!

Milagros ¡Como que era toda mi ilusión!... Y se abrocha de un bocao. *(Se lo abrocha.)* Fijaros.

Santos Es lo último; son bichos con dentadura propia.

Milagros No; los de dentadura propia son los de cincuenta duros; éstos de treinta tienen dentadura postiza; pero también agarra. ¡Estoy loca de contenta! Eso sí; vengo de sudor, con la pielecita, que me cae por cada pelo una gota... Mirar. *(Se limpia la frente.)*

Santos Ya te he dicho que te la quites.

Milagros Sí, deseguidita... Yo no me la quito hasta bien entrao Agosto, que pa eso hemos dao por ella ciento cincuenta pesetas.

Santos Bueno; pero si sobre las ciento cincuenta del coste, me agarras una erisipela... te pué costar la piel tuya.

César Pues usted tampoco está hecho una birria, señor Santos. Venga usted acá.

Santos Naa, un trajecito aguileño; sino que se sabe llevar. Pantalón y americana café con leche y chaleco manteca. Yo he buscao cosas que armonicen. Ahora de que veníamos por la calle, me han mirao dos señoras y les ha debido de gustar mucho, porque yo no sé que se han quedao diciendo del café con leche y de la manteca...

Milagros Pues que parecía usté el desayuno escolar.

Santos ¿Véis qué petulancia? Gentes de mal gusto que hay.

César Va usted muy entonado, diga usted que sí.

Milagros La corbata es la que no juega.

Bonifacio Al ajedrez podía jugar.

Santos ¿Y qué sus parece el hongo?

César ¡Venenoso!

Santos ¡Qué guasones! Claro que parangoneao con ustedes, que han nacío en ello, no se va uno a poner; pero que dentro de un mes no se me conoce a mí de «fasionable» que me he vuelto, eso apuntárselo en el «bloc». Por de contaíto, ya me he mandao hacer un traje de esos de pantalón corto y medias gordas, pa cuando salga a pájaros a las Cuarenta Fanegas, que es mi «espor» predilecto.

Milagros Y ya le he dicho yo que de que aprenda a hacer equilibrios con las narices, le compro un cristal pal ojo, como ese que tú llevas.

Santos Pero yo me lo voy a comprar esmerilao, que es más elegante.

Bonifacio Si es esmerilao, no verá usted.

Santos ¿Y qué falta me hace ver? *(Reparando en la mesa del desayuno, a la que empuja suavemente.)* Oye, fíjate, Mila. El desayuno en carretilla. ¡Vaya elegancia!

Milagros ¡Tomar el chocolate con ruedas!... ¡Quien nos ha visto y quien nos ve! *(Habla aparte con Bonifacio.)*

Santos ¡Qué mudanzas tié la vida!... *(Coge un puro.)* Con permiso.

César Tremendas, señor Santos.

Santos ¿Se acuerda usté que me dijo usté aquel día: «¡Ahora es usté guardia, pero quién sabe a la noche!?...» ¡Pues misté qué casualidaz, por la noche cesante!

César Corazonadas que tiene uno.

Santos ¿Quién sería el ladrón que se puso mi casco?... ¡Miá que no poder averiguarlo!...

Milagros Deje usté ahora eso, padre.

Santos Lo único que siento es que a Santos Martínez Parra se le haiga puesto esa mala nota en la hoja de servicios.

Milagros Eso es verdá... ¡La hoja de Parra, que decían tóos que era de lo más decente del Cuerpo! ¡Qué lástima!

Santos En fin, hija, qué se le va a hacer... Aquí te dejo con los señores. Le das un repasito a la casa, y de que lo dejes todo en orden, te subes pa casita

Milagros No tenga usté cuidao, padre.

Santos ¡Ah! Una advertencia, Boni. De que sus caséis, compras esta casa y me la regalas, que quiero yo tener el gusto de echar al casero a la calle.

Bonifacio ¿Pues?

Santos Que es un tío grosero, que me ve en la escalera y no me saluda, y esa me la paga.

Bonifacio Dele usted por desahuciado.

Santos Voy a decirle que vaya buscando casa.

ESCENA V

MILAGROS, CESAR y BONIFACIO. Luego la DONCELLA; después TABUCO, del foro.

Milagros Bueno, dejarme que me arrellene en este sillón. *(Se sienta.)* A mí, me parece talmente que estoy en la gloria. ¡Que esto es un sueño!...

Bonifacio Pero un sueño del que nos van a despertar a estacazos, ya veréis.

Milagros Calla, hombre: no seas sombrón. ¡Lo que dura, vida y dulzura!

César *(Mirando el retrato.)* ¡Y todo se lo debemos

a este tío!... Yo le voy tomando un afecto entrañable.

Milagros ¡Toma!... ¡Como que yo, hasta le rezo por las noches!

Bonifacio ¡Qué simpático es!

César El ha sido el prodigioso talismán que en un minuto transformó en opulencia nuestra miseria... ¡Salve, amado; salve, querido; salve, prodigioso tío!

Doncella *(Por el foro.)* ¡Señoritos!...

César ¿Qué pasa?

Doncella ¡Pues que acaba de venir un señor muy raro!

Los tres ¿Muy raro? *(Con inquietud.)*

Doncella Y que tiene un habla como de americano.

Los tres ¿De americano? *(Todavía más inquietos.)*

Doncella Y está empeñado en ver a los señoritos.

César ¡Caracoles!... ¡Un americano que quiere vernos! Esto me escama.

Milagros Y a mí.

Bonifacio ¿Quién será?

Doncella Yo le he dicho que no estaban los señoritos, y él me ha dicho: «No importa; aunque no estén, me recibirán.»

Milagros ¿Y qué señas tiene?

Doncella Bastante mal encarado. Aquí está la tarjeta que me dió.

Bonifacio ¿A ver? *(Lee.)* Venustiano Tabuco y de Ocaña. Licenciado.

Milagros ¿Licenciado, mal encarao y de Ocaña? Yo no le recibía.

César ¿Y qué señas tiene?

Bonifacio Rua de la Ansiada Independencia, 125.248 duplicado, segundo, derecha. Chuquisaca, Bolivia.

César ¡Un boliviano!

Milagros ¡Y de Chuquisaca!

Bonifacio ¿Le recibimos?

César ¡Qué remedio!

Milagros ¡Yo tengo un miedo, que se me ha erizado hasta el renard!

César Y yo creo que debemos estar amabilísimos con él.

Bonifacio Sí, cuanto más finos mejor.

Milagros ¿Quién será?

César Dile que pase.

Doncella *(Desde la puerta.)* Que pase el señor.

Venust. *(Desde la puerta. Es un tipo extravagante.*

Muy moreno, cejudo, de nariz puntiaguda. Usa melena corta. Viste con ropa de mediano estado. Tiene marcado acento americano.) ¿Dan su benevolente permiso?

Bonifacio Introdúzcase.

Venust. *(Entra; reverencias profundas.)* Linda señorita, honorables caballeros... tengo un placer inmenso en rendirles mi admirativo saludo.

Bonifacio Nosotros también tenemos mucho gusto en saludarle y ofrecernos a sus gratas y trasatlánticas órdenes.

César Lo mismo digo con el debido rendimiento.

Milagros Y una grata servidora.

Bonifacio Proceda al arrellanamiento.

Venust. Inmensa gratitud.

(Se sientan todos.)

Bonifacio Pues nosotros, apreciable licenciado, le agradeceremos muy mucho que nos vierta el contenido de su anhelante visita.

Venust. ¿Y cómo no? Linda joven, estimables caballeros, bien quisiera silensiarme, ahogar mis justas voces de indignación en el fondo de mi pecho, antes que conturbar el plácido disfrute de sus horas epicúreas... Pero, ¡ah!... No me es posible. Mi corazón es un pájaro que salta en el fondo de mi jaula torácica y canta venganza como el caraú que hase su nido en las copas de los chepereques que cresen en la orilla del Pilomayo, allá en los valles de mi amada Bolivia.

Bonifacio Muy bien.

César Ya quisiera Melquiades Alvarez...

Venust. De mi amada Bolivia, de donde soy oriundo.

Milagros (Pues parece oriundo de casa Ezquerdo.)

Venust. Yo vengo, señores, a conturbar su sibarítico reposo después de haber atravesado todas las llanuras del Guarayos, el desierto de Atacama y las dilatadas regiones arcadianas de la Chuquisaca. De allí vengo, sí... Pero, ¿a qué vengo? ¿A qué vengo?

Milagros No sabemos.

Venust. Silénsiese, no me friegue. Pues a ver a ustedes no más. ¿Y qué me trae acá?... Pues un espíritu de justicia inflexible y vengadora. Rápido voy a ser. Concresionaré.

César Sí, haga el favor de concreccionar.

Venust. Ahorita concresiono. ¿Ustedes son acaso los

nobles e hidalgos herederos de don Teogasto Blanco de Rueda, ingeniero explotador de minas argentíferas en Bolivia?

Bonifacio — Sí; señor; para servir a usted.

Venust. — ¿Y ustedes van a entrar, por tanto, en posesión de su considerable fortuna?

César — Sí, señor; eso pensamos.

Venust. — ¡Ah, mis queridos, mis nobles, mis ignorantes amigos! Ustedes no harán tal.

César — ¿Cómo?

Venust. — ¡No harán tal! *(Exaltándose cada vez más.)*

Bonifacio — ¿Qué?

Venust. — ¡No harán tal!

Milagros — ¿Pero por qué no haremos tal?

Venust. — No harán tal, porque esa fortuna que su señor tío disfrutaba y que acaba de legarles... ¡es producto de un robo!

Los tres — *(Se levantan aterrados.)* ¡De un robo!

César — ¿Qué está usted diciendo, señor mío?

Venust. — *(Casi llorando de ira.)* ¡De un robo inicuo, sí!... Del más rastrero y miserable de los despojos que pudo efectuarse sobre la faz redonda de la tierra... ¡Ah, no, no; yo te juro, madre mía, que nadie disfrutará ni un solo séntimo de ese dinero maldito, amasao con lágrimas de huérfanos y sollozos de viuda... Yo te vuervo a jurá sacramentalmente que antes que nadie se apodere de un solo peso de ese funesto tesoro, mi sangre caerá gota a gota como rosío de maldisión sobre las manos detentadoras.

Bonifacio — ¡Pero señor Tabuco!...

Venust. — *(Cada vez más exaltado y encarándose con el retrato.)* ¡Ah, tú; eres tú, bandido miserable!... No te conosía, pero ya te tengo frente a frente, y si un soplo de milagro animara tu efigie maldesida, yo te juro que esta daga se hundiría sincuenta veses en tu corasón maldito... *(Amenaza al retrato con un puñal.)*

Milagros — ¡Que rompe al tío!

César — ¡Caballero, por Dios! *(Queriendo contenerle.)*

Bonifacio — Don Venustiano, cálmese. *(Idem.)*

Venust. — *(Llorando tembloroso de ira y con el puñal en la mano.)* ¿Por qué, por qué no me lo diste vivo, Dios mío, para hundir en sus entrañas palpitantes mis garras vengadoras?... ¡Ah, vive, vive!... ¡Alienta para que yo te

arranque la vida, para que yo te estrangule, para que yo te muerda!... *(Se abalanza al retrato para morderlo.)* ¡¡¡Aaaaah!!!

Milagros ¡Por Dios, sujetarlo, que se come el pensamiento!

César ¡Por Dios, cálmese, caballero! *(Lo sientan.)*

Bonifacio Serénese, beba un poco de agua. *(Se lo dan.)*

Venust. Perdonen ustedes esta demasía iracunda, pero... es el odio desbordado de tres años... No puedo más... *(Habla convulso y lloroso.)*

César Bueno, ¿y quiere usted decirnos a qué viene todo esto?

Venust. Nada más en su punto. Oigan, benévolos, mi historia lamentable. Soy hijo de unos opulentos mineros de la Guanchaca. Apenas cumplidos los catorce años de mi edad, mis bondadosos y acaudalados padres me mandaron a París, donde pudiera estudiar con estimable aprovechamiento la carrera de ingeniero de Minas. Fuime allá, y a poco de mi ausencia, se presentó en mi casa, enhoramala, ese perverso y astuto aventurero, ¡puaf!... *(Le escupe.)* demandando la ayuda de mi anciano y bondadoso progenitor, que al fin colocolo de ingeniero en sus explotaciones mineras. No pasó mucho tiempo sin que ese pérfido avalase su personalidad con una astucia diabólica ante la gran compañía Neo-Yorkina *The Blonkin Avens Fonsteral Limited and Company*, acaparadora de nuestros productos argentíferos, suplantara a mi ingenuo padre y le arruinase en menos de tres años.

Bonifacio ¡Atiza!

Venust. El pobre murió a poco desesperado e inconsolable. Apenas supe el tremendo desenlace, salí como el rayo vengador camino de mi tierra natal para destrosar a ese infame ladrón, ingrato y miserable... ¡¡Sí, miserable, sí!! ¡Puaf!... *(Vuelve a escupirlo. César le acerca una escupidera que Tabuco rechaza con el pie.)* ¡No me friegue! Cuando llegué ya no di con él, había huído por la frontera argentina. Como yo no lo había conocido, ni mi madre poseía ningún retrato suyo, solo me llevé su nombre: Teogasto Blanco de Rueda, por todo dato identificador. Yo he corrido en su busca toda la Amé-

rica, y al fin, sabiendo que era español, me dirigí a esta hermosa capital, y hase ocho días leí, desesperado, este periódico. *(Sacándole del bolsillo.)* Supe con rabia que había muerto. ¡Ya no podía vengarme! Pero supe también que eran ustedes sus herederos y me dije: ¡Ya que no venganza, siquiera reparasión! Y aquí me tienen a haserles concretamente mi definitiva, mi inalterable, mi conminatoria propuesta.

Bonifacio Usted dirá.

Venust. Que o me dan ustedes ahorita mismo siete millones de los catorse que han heredao, o les juro, que dentro de un minuto y en esta misma estansia, hemos fallesido los cuatro. *(Saca una pistola browning. Los tres, aterrados, tratan de huir.)*

Milagros ¡Mi madre!

César ¡Socorro!

Bonifacio ¡Guardias!

Venust. Al que me dé un pasito o me articule un sonido, lo torrefacto. *(Les apunta con la browning. Quedan petrificados y temblorosos. En la otra mano blande el puñal.)*

César Bueno, pero caballero... ¡Hágase usted cargo!

Venust. ¡Vengan los siete millones!

Milagros ¡A mí no me apunte, que no soy de la casa!

Venust. ¡Vengan los siete millones!

Bonifacio Sí, señor, con mucho gusto, pero...

Venust. No me replique o le baleo. Siete millones.

Bonifacio No, no, si voy a escape... *(Se registra los bolsillos del chaleco.)* pero... pero bueno, tendrá usted que dispensar, porque vamos, no tengo suelto.

Milagros Hágase cargo. ¿Quién lleva encima siete millones de pesos, señor Tabuco?...

Venust. Reintegren o ejecuto.

Bonifacio Hombre, don Venustiano, por la Virgen Santísima, un poco de calma.

César Nosotros no nos negamos a su justa demanda, caramba... Pero hágase usted cargo de que no hemos cobrado aún la herencia. Estamos en los trámites preliminares.

Bonifacio Pero en cuanto la cobremos, la mitad es de usted.

Milagros ¿La mitá? Yo se lo daría todo en vista de lo que ha contao.

Venust. Está bien; soy reflexivo. Ustedes no han cobrado, esperaré, pero...

Los tres ¿Pero qué?

Venust. Pero como un servidor se encuentra en una angustiosa situación financiera, ahorita mismo *ando* por el equipaje para instalarme en esta opulenta y confortable morada.

Bonifacio ¡Instalarse aquí!... *(Cae desfallecido en una silla.)*

Venust. No tengo otro remedio. Adeudo cinco semanas en el hotel donde moro y me expelen.

Milagros Hombre, claro que si no paga usté le expelerán. Pero es que aquí no se cabe ni de pie.

Venust. Soy poco molesto. No preciso más que un gabinete con alcoba, despacho, comedor y un pequeño cuarto de *toalé.*

Milagros Pues me parecen muchas habitaciones pa un Tabuco, la verdá.

Venust. Conque corro por el equipaje y vuelvo a instalarme en su grata compañía, hasta que se resuelva lo de la herencia.

Bonifacio Bueno, pero...

Venust. Cállese que le digo. Está resuelto ya. Lleve a mi cuarto ese retrato. ¡Yo se lo demando! Quiero grabar su imagen aborresida en el fondo de mi pensamiento. ¡Ah, si yo le cogiera vivo!... ¡Haz el milagro, Dios mío, que yo le encuentre vivo sobre la tierra, para que mi daga pueda hundirse sincuenta veses en su corasón! ¡Ah, bandolero, guanaco, facineroso, pariente de macho y mula, que escupís como las vicuñas!... ¡Maldito seas!... ¡Puaf!... Hasta ahorita. *(Vase foro.)*

ESCENA VI

MILAGROS, CESAR y BONIFACIO. Luego DONCELLA.

Bonifacio *(Angustiado, tembloroso.)* Bueno, yo... yo me he quedado que no puedo tenerme en pie.

César ¡Y yo tengo una angustia que no respiro!... Porque ese tío vuelve a instalarse en esta morada.

Bonifacio ¡Dios mío! ¿Y de dónde sacamos siete millones para esa fiera?

Milagros Tu tío por lo visto es un canalla hispano-

americano, que déjalo ir... ¡La que nos ha armao con el ingenuo progenitor de este chimpancé boliviano!

Bonifacio ¡Qué complicación!

César ¡No se sueña una cosa más terrible!

Milagros Bueno, y a mí, ¿sabéis qué es lo que me vuelve loca?

Los dos ¿Qué es?

Milagros Pues me vuelve loca pensar si por un casual este señor viviese y ese bruto se le encuentra por Madrid...

Bonifacio ¡Calla, por Dios!

Milagros Porque como dé con él, le hunde la perforante daga en el abultado y execrable vientre. ¡Eso es viejo!

César Mujer, no tendremos esa desgracia.

Milagros ¡Yo es que me moriría de remordimiento!

Bonifacio ¡No, Dios querrá que este señor haya fallecido!

César Bueno, pero dejemos las conjeturas. Vamos a la realidad del momento. ¿Qué hacemos ahora?

Milagros Pues a grandes males, grandes remedios. Ahora mismo me subo a ver si está mi padre en casa y que vaya a la Comisaría por algún compañero, a ver si hay forma de que detengan a este hombre por amenazas, u instalación arbitraria, u algo así...

Bonifacio Sí, no está mal; y nosotros...

César Pues nosotros, yo creo que debíamos...

Doncella *(Por el foro.)* De casa del casero acaban de subir esta tarjeta para los señores. Dicen que es muy urgente.

César ¿Del casero?

Bonifacio ¿Se habrá enterado?

César *(Leyendo.)* «Mis queridos amigos: Les ruego que bajen. Menéndez acaba de llegar por otras quinientas pesetas para obtener diez y ocho certificados probatorios de que no poseen ustedes ninguna parcela en el nuevo trozo de la Gran Vía.»

Bonifacio ¡Pero qué tío ladrón!

César Bueno, ese Menéndez está abusando de una forma horrible.

Bonifacio Hay que ponerle coto. Vamos abajo. *(Vanse foro.)*

Milagros Sí, andar, y yo voy a preparar la ropa para que se la lleven a la planchadora y me subo

en seguida. ¡Pero cuánto canalla hay en el mundo, Dios mío!... De que le ven a uno con tanto así de bien... tóos son a disputárselo... En fin, yo eso sí, lo único que le pido a Dios es que se haya muerto ese señor de la ampliación... porque como no se haya muerto y lo coja ese Tabuco, lo rebana... ¡No quiero ni pensarlo! *(Vase puerta derecha.)*

ESCENA VII

DON RUTILIO.

Aparece en la puerta don Rutilio, exactamente igual que el retrato. Con el jipi, la mosca y demás señales características. Sin moverse de junto a la puerta mira con cara de asombro y estupor a uno y otro lado.

Me han dicho que es aquí. *(Pausa.)* La puerta del piso estaba entornada y no veo a nadie. *(Alto.)* ¿Se puede pasar?... *(Entra.)* Indudablemente se puede pasar. Bueno, pues se puede pasar porque a uno le gasten una broma de cierto género siempre dentro de los límites tolerables. *(Saca el periódico del bolsillo.)* Pero que le publiquen a uno su retrato en un periódico y que le digan que ha fallecido en Maranagua del Pay Pay, que es poner en ridículo el fallecimiento... vamos, que esa broma se la gastan a Job y le da una patada en el estómago a su nodriza... Pues esa broma es la que me han gastado a mí. Y yo averiguo quién ha sido. ¡No faltaba más! Yo me moriré cuando me dé la gana... y además en un sitio serio. ¡Dios mío!... ¿Pero qué veo?... ¡Mi retrato en un caballete! Y con adornos mortuorios... ¡Caray, pues esto ya es más grave!... ¡Yo con un pensamiento!... ¡Dios mío, en mi vida he tenido un pensamiento más triste!... Y aquí una cinta con un letrero. *(Lee.)* «¡Ay, mi tío!...» ¡Ay, mi madre, qué estacazos le voy a dar al que haya sido!... Calle... *(Mirando a la derecha.)* Por allí dentro veo una muchacha... que se dispone a salir. ¿Creerán de buena fe en esta casa que soy un difunto?... Por si acaso me dejaré ver con ciertas precauciones. *(Se oculta detrás del retrato.)*

ESCENA VIII

DICHO y MILAGROS.

Milagros (*Por derecha.*) Bueno, yo, por mucho que hago, es que no puedo pensar en otra cosa... ¡Ay, permita Dios que te hayas muerto!... Dispensa esta insistencia, pero es que si te cogiera Tabuco, tú no sabes... Pero, sí, te debes de haber muerto... ¡Tienes cara de persona complaciente!... Hasta luego, difunto.

Rutilio (¡Y se marcha! Yo la llamo...) (*Suavemente, desde detrás del retrato.*) ¡Chiss!...

Milagros (*Asustada.*) ¡Ay, Dios mío!... ¡Me ha parecido que... pero no, habrá sido!... (*Indica otra vez el mutis.*)

Rutilio ¡Chiss!...

Milagros (*Ya casi aterrada.*) ¡Ay, madre!... ¡Ay, que me han chistao otra vez!... ¡Y juraría que desde el retrato!... ¡Ay, si me querrá castigar Dios por desearle tanto la muerte a este hombre!... ¡Ay, si hasta me parece que me mira! (*El pensamiento oscila.*) ¡Ay, que se mueve el pensamiento!... ¡Y se mueve solo!

Rutilio (*Apareciendo.*) ¡Lo he movido yo!

Milagros ¡Ah!... (*Da un grito horrible presa de una congoja, cae en un sillón, hasta el que ha retrocedido aterrada.*)

Rutilio ¡Señorita, por Dios!

Milagros ¡Ah!... ¡Ah!... (*Convulsivamente.*) ¡¡Ah!!... ¡¡Eh!!... ¡No!... ¡Vivo!... ¡Socorro!... ¡Que me coge!... ¡¡Socorro!!

Rutilio Señorita, se lo ruego, no se asuste.

Milagros ¡Pero usté!... ¿Pero vive usté?

Rutilio Con la mar de achaques, pero vivo, sí, señora.

Milagros ¡Ay, no, pero si no es posible!... Si a mí me aseguraron que se había usté muerto.

Rutilio Bueno, pues si me he muerto es que se me ha olvidao, porque, vamos, ¡yo no me acuerdo! ¿Para qué lo iba a negar?... De modo... (*Va a acercarse.*)

Milagros No, no se acerque usté.

Rutilio Si es para que pierda usted el miedo, para

que vea que tengo calor natural... *(La coge la mano.)*

Milagros ¡Ay, Dios mío!...

Rutilio ¿Lo ve usted?... Calor natural... *(La acaricia la mano.)* ¿Ve usted cómo soy un vivo?... ¿Ve usted que vivo?

Milagros Sí, señor; ya lo veo, pero... ¡Ay, pues entonces!, ¿por qué ha venido usté aquí?

Rutilio Pues he venido a ver si tiene usted la bondad de decirme por qué se me lleva luto en esta casa.

Milagros ¡Ay, sí, señor, náa más justo! (¿Qué le digo yo a este señor?) Pues verá usté... yo se lo explicaré lo más claro posible. Aquí lo que ha pasao, ¿sabe usté?, es que en esta casa hay un joven extremeño que pinta, que tiene un tío en América, y como ese joven creía que se había muerto su tío, y los periódicos se habían ocupao del asunto y unos habían dicho que sí y otros que no, y una servidora había dao un retrato equivocadamente, pues ha resultao que el asunto no pudo ponerse en claro, y unos han creído que el tío era usté y otros que era el otro que no es usté, y claro, ha venido el enredo y ahí lo tiene usté tó explicao. ¿Lo ha comprendido usté?

Rutilio ¡Yo qué voy a comprender! ¿Usted cree que yo entiendo el malayo?

Milagros ¡Ay, caballero, yo no digo que usté entienda el malayo... pero yo tampoco le he dao motivo para que me llame usté malaya!... ¡Malaya yo!

Rutilio Bueno, joven, yo lo que quiero saber categóricamente es por qué publican aquí mi retrato y me ponen debajo Teogasto Blanco de Rueda, cuando en realidad yo me llamo Rutilio Montilla.

Milagros ¡Ay, caballero, yo eso no lo sé!... Si usté quiere que le pongan Montilla y le han puesto Blanco de Rueda, es que se conoce que han creído que le gusta a usté más.

Rutilio Bueno, ¿y en la casa no hay otra persona que se explique mejor?

Milagros ¿Mejor entodavía?

ESCENA IX

DICHOS, BONIFACIO y CESAR.

Bonifacio *(Dentro.)* ¡Milagros!

César *(Idem.)* ¡Milagritos!

Milagros ¡Ay, ellos!

Rutilio ¿Quién?

Milagros En cuanto le vean a usté, se mueren.

Bonifacio *(Entrando seguido de César.)* ¿No sabes lo que ha hecho Menéndez?

César ¡Ese canalla!

Milagros *(Indicando a don Rutilio.)* ¡¡El tío!! *(Se vuelven los dos, le miran y caen aterrados en dos sillones o en donde puedan, según su colocación.)*

Los dos ¡¡Ah!!

Rutilio Servidor...

Bonifacio ¡El tío aquí!

César ¡Con jipi y todo!

Bonifacio ¡Nos ha fregao!

César ¡Pero que con lejía!

Bonifacio *(A Milagros.)* ¿No se ha muerto?

Milagros ¡No se ha muerto! ¡Ya ves si somos desgraciaos!

César ¡Pues si le ve Tabuco!...

Milagros Le hunde la perforante daga y le hace un lamentable agujero. ¡Lo estoy viendo!

César Caballero, a usted le extrañará la pequeña sorpresa que nos ha producido su visita.

Rutilio Hombre, sí, pero...

Bonifacio Porque nosotros suponemos que usted vendrá a...

Rutilio Sí, a ver si hacen ustedes el obsequio de darme unas sencillas explicaciones.

César Pues sí, señor, nada más legítimo. Veréis qué pronto se lo explico yo todo. Caballero, allá en los remotos e ignorados valles de la Chuquisaca...

Rutilio No, no, perdone usted, nada de Chuquisaca, porque no se saca nada en limpio; yo preguntaré y ustedes me contestan concretamente; es el procedimiento más claro.

César Como usted guste.

Rutilio Vamos a ver. *(Mostrando la cinta del retrato.)* ¿Qué dice aquí?

César ¡Ay, mi tío!

Milagros Es decir, ¡ay, el tío de este joven! Porque el pariente es él.

Rutilio Y ese joven, ¿por quién lleva luto?

César Por un tío.

Rutilio ¿Y su tío no es éste? *(Lo indica.)*

Bonifacio Este.

Rutilio ¿Y éste no soy yo?

César Evidente.

Rutilio Entonces, ¿cómo lleva luto este joven por un tío que soy yo, si yo no soy el joven de este tío, digo, del retrato de este joven, digo?...

Milagros ¿Ve usté cómo se ha hecho usté un lío?...

Todos *(Palmoteando alegres.)* ¡Se ha hecho un lío!... ¡Se ha hecho un lío!...

Milagros ¡Como que es muy difícil! *(Suena el timbre de la puerta.)* ¡Han llamao! *(Aterrada.)*

Bonifacio Debe ser Tabuco.

César Debe ser Tabuco, caballero.

Rutilio ¿Pero, quién es Tabuco?

César ¡Pues, Tabuco, es un loco que quiere asesinarle a usted!

Rutilio ¡¡A mí!!

Bonifacio Escóndase usted, que no le vea.

Rutilio ¿Yo por qué me voy a esconder de nadie? No me escondo. *(Se sienta en una silla, altivo y retador.)*

Bonifacio ¡Lo mata!

Milagros ¡Callar! *(Atiende.)* No, no asustarse, no es él.

César Es verdad, parece la voz de una mujer.

Rutilio ¡Silencio! *(Aterrado.)*

Los tres ¿Qué pasa?

Rutilio *(Se levanta.)* ¡Ella! ¡Su voz! ¡¡Es ella!! ¡Madre mía!...

Los tres ¿Pero, quién es ella?

Rutilio ¡Escóndanme ustedes! Luego lo explicaré todo. Pronto, una habitación, un armario, la cañería del gas... ¡Es ella!

Bonifacio Pase usted por aquí. *(Le esconde derecha.)*

Milagros ¡Qué miedo más terrible! ¿Quién será esa mujer?

César *(Que fué a mirar.)* ¡Es una señora con dos niños!

Bonifacio Ahora sabremos quién es. Callarse, que está aquí.

ESCENA X

DICHOS, DOÑA ROSAURA e HIJOS (niño y niña), por el foro.

Rosaura *(Presentándose en la puerta con los niños.)* ¡Señorita, señores míos!... Perdonen ustedes que irrumpan en el sagrado de su hogar, de tan inopinada manera, una servidora e hijos. ¿Se puede pasar?

César Pase usted, señora.

Rosaura ¿Es a los señores herederos de Blanco de Rueda, a quienes tengo el honor de dirigir mi verbo doliente?

Bonifacio Para servir a usted, señora. Pase si gusta.

Rosaura Señores, no se me oculta la enorme sorpresa que les causará mi presencia, pero deberes ineludibles, cuales lo son los maternales, me impelen. ¿He dicho me impelen?

César Creo que sí.

Rosaura Pues es poco. Me acucian, me conminan a molestarles.

Bonifacio Usted dirá, señora.

Rosaura *(Al adelantarse con los niños de la mano, ve el retrato.)* ¡Ah, aquí le tenéis, hijos míos, aquí está! No le maldigáis, pero execradle; execradle, sí. ¡Cuánto daño nos ha hecho! Pero ha muerto y la muerte redime. Perdonémosle. Y ahora, con permiso, nos sentaremos.

Bonifacio Usted es muy dueña.

Rosaura Con permiso. *(Se sienta, los niños de pie a su lado.)* Ustedes, señores herederos, querrán saber, como es natural, amén de lógico, el objeto de mi visita; nada más justo. Pues bien, señores, se trata de formular una demanda, ¿he dicho demanda?... Pues es poco, una apelación, una imploración. Yo, para mí, nada pediría; pero estos flácidos huérfanos, estas débiles criaturas, frutos inocentes de un amor artero, no pueden quedar en el abandono, en la miseria. ¿He dicho miseria?... En la desvalidez, en la mendicidad...

Milagros Esto es un loro.

Bonifacio Bueno, pero...

Rosaura ¡Ah, señores, no debía declararlo, porque

me causa sonrojo, pero no puedo eludirlo! Ese miserable, ampliado al carbón, fué mi amante. He aquí sus frutos inocentes. Una servidora, pobre niña acogida a la protección paterna de un tío segundo, viola del Real por oposición, vivía en la calle de Argumosa, 27 duplicado, dichosa e ignorante de la hediondez mundana. Mi alma, puedo decirlo, era una página en blanco, pero vino ese tío y me la emborronó. Y si al menos hubiera escrito en ella un idilio, una égloga, un madrigal, pero ¡quiá!... me dejó una malagueña: la niña. Nació en Málaga. Y este angelito, que es un cuento baturro; gracioso, pero ordinario. Como su padre; cotéjesele. *(Le empuja hacia el retrato.)*

César Bueno, pero señora...

Rosaura Ese sinvergüenza, que santa gloria haya, me sedujo vilmente. Me engañó a mí, engañó a mis ancianos tíos, les pidió mi mano, y cuando se la concedieron, ¿saben ustedes lo que hizo con la mano?

Milagros No, señora.

Rosaura Pues hizo así... *(Ademán de decir adiós con la mano.)* Ustedes lo pasen bien. Alejóse y si te he visto no rememoro. ¡Ah, miserable!... ¿He dicho miserable?... ¡Ah, pérfido!... ¡Ah, hediondo!... Al mes de su fuga, por conducto de un amigo íntimo, mandóme cinco mil pesetas por toda indemnización; pero como ya dice el adagio que los dineros del sacristán cantando se recaudan y cantando se dilapidan, antes del año quedéme a dos bujías... ¡Qué miserias!... ¡Qué infortunios he pasado!... Tan y mientras él, por lo visto, se estaba haciendo millonario en Maranagua del Pay Pay. ¡Ah, cuán rastrero fué para mí! En fin, Dios le haya acogido en su santo seno. Y no digo que por allá nos espere muchos años, porque a mí no me espera. ¡Qué me va a esperar ese ladrón!

Bonifacio Bueno, y en resumidas cuentas, ¿usted qué es lo que desea de nosotros, señora?

Rosaura Yo, ¿que qué deseo?... Yo poco pido, caballero; nada para mí; pero estos niños, hijos naturales de un hombre que lega catorce millones de pesos, ustedes lo comprenderán, tienen que vivir en relación con su rango,

y el rango que les cuadra es un palacio. ¿He dicho palacio?

Milagros Ha dicho usted cuadra.

Rosaura Por lo tanto, yo vengo a exigir de la testamentaría que se me señalen para mí mil pesetas de mesada. ¡Qué menos, como está la vida! Y que me sean internados estos dos huérfanos en un colegio de niñas.

César ¿Pero el mayorcito no es niño?

Rosaura Sí, señor; pero él se distrae más con las niñas.

Bonifacio ¿De modo, que mil pesetas para usted y el internado?... Bueno; pues, señora, usted se hará cargo que nosotros no podemos proceder por ahora a dispendio de ninguna especie.

Rosaura ¿Cómo así?

César Porque estamos todavía en los trámites judiciales de la herencia, y claro, no disponemos de fondos.

Rosaura ¡Caramba!... Es una contrariedad; pero no importa. Mientras el asunto se tramita, enviaré a ustedes las pequeñas facturas de mis gastos particulares y me dejaré aquí a los dos niños.

Bonifacio ¿Cómo aquí?

Rosaura Aquí; al fin, aunque naturales, son primitos de ustedes y... ¿dónde mejor que con la familia?

César Bueno, señora; pero aquí comprenderá usted...

Rosaura ¡Oh, es inevitable! Estos dos niños corren desde hoy por cuenta de la testamentaría de su difunto padre; de modo que aquí me los dejo. ¿He dicho me los dejo?... Es poco; aquí los cobijo, aquí los instalo.

Bonifacio Señora, esos dos niños se los lleva usted ahora mismo. ¿He dicho que se los lleva?... Pues es poco; los elimina, los desvanece, los evacua de aquí... ¡No faltaba más!

Rosaura ¡Ah, caballero; está usted en un error!... Como no se me atienda, me marcho a hacer una denuncia al Juzgado de guardia contra la testamentaría.

César No... no; eso no... ¡Que se queden!

Bonifacio ¿Cómo que se queden?

César (Sí, hombre; todo menos el escándalo... ¡El

Juzgado de guardia, figúrate!) Que se quede, desde luego.

Rosaura Celebro que se coloquen ustedes en un terreno razonable. En fin, hijos míos, aquí os quedáis con estos primos. Portaos como quienes sois, orad por vuestro padre y no me comáis porquerías. Luego mandaré por mis mil pesetas. Les ofrendo mi efusiva gratitud. Rosaura Pedangalo Martínez, servidora solícita... *(Persignándose ante el retrato.)* «Requiescat in pace». *(Saluda.)*

Los tres Amén. *(Reverencia.)*

(Vase Rosaura foro.)

ESCENA XI

MILAGROS, BONIFACIO, CESAR, NIÑOS, DON RUTILIO. Luego VENUSTIANO TABUCO y MOZOS.

Rutilio *(Que sale indignado.)* ¡Embustera, calumniadora... trapisondista!...

Milagros ¡Caballero! *(Conteniéndole.)*

Rutilio ¡No la hagan ustedes caso!... Sobrina de un viola... y tiene nueve hijos con él. ¡Estafermo!

Bonifacio ¿Entonces lo de usted?...

Rutilio Un ridículo devaneo de quince días, que me ha costado muchos años de persecución y de escándalos, para sacarme villanamente el dinero, aprovechándose de que soy casado...

Milagros Bueno, ¿y qué hacemos con estos dos primitos?

Rutilio Pues devolvérselos por un Continental a su mamá. ¡Hale, a la calle!

Venust. *(Dentro.)* ¡Por aquí! Tiento acá... tráiganle... bájenlo...

Bonifacio ¡El boliviano!

Milagros ¡Don Tabuco!

César *(Deteniendo a don Rutilio y niños.)* ¡No salga usted ahora!

Bonifacio ¡Que está ahí Tabuco!

Rutilio ¿Pero quién es Tabuco?

César Esconderle... con niños y todo...

Bonifacio ¡Vivo!

(Le esconden casi en volandas por la prime-

ra puerta izquierda. Esconden también a los niños, llevándose a éstos debajo del brazo. Cierran la puerta.)

Rutilio *(Sacando la cabeza por el montante.)* Pero siquiera una explicación...

César ¡Silencio! *(Le da un golpe para que se esconda.)*

(Entra Tabuco con tres mozos de cordel, que traen dos baúles, una maleta, una caja de cuero, dos sombrereras, una panoplia con pistolas y puñales, un perro, un mono y una jaula con un loro.)

Venust. *(A los mozos.)* Pasen por acá, adentren los baúles. ¡Ojito con el loro!... ¡No me lesionen el tití!... Depositen acá.

César (¡Y se viene de vacío!)

Bonifacio ¿Y no tiene usted más equipaje?

Venust. Nadita más. Poca cosa. *(Vanse los mozos.)* ¿Dónde instalo el tití?

Bonifacio Donde usted quiera.

Venust. Hase una punta de monadas.

César ¿Y ese loro también es suyo?

Venust. *(Cogiendo la jaula.)* Este loro es lo que yo más estimo en el mundo. Es el único recuerdo que me quedó de mi pobre padre. *(Al loro.)* ¿Te acuerdas de amito Pancho?... ¡Cómo te quería! Es un precioso animal. ¡Y no se diga lo que habla! Pero acá en Madrid, los camareros y doncellas de los hoteles, le enseñaron lo popular. ¿No es tal, Cachito?

Loro ¡Mi suegrrra!...

Venust. ¡Pochí con el lorito! ¿No me oyeron qué chulo se puso?

Loro ¡Arrrsa ya!

Venust. No me hable así, o le mermo la cola. Conque, ¿dónde nos instalamos?

César Pues entre por ahí, y lo que más le guste lo acapara.

Venust. *(Al loro, ante el retrato.)* Mírale, Cachito; este bandido, este ladrón, este canalla...

Rutilio *(Asomando la cabeza por el montante de la puerta.)* ¿Es a mí?

Venust. ¡Este es el asesino de tu amo!... El que nos robó la fortuna, el que tiene la culpa de que yo no pueda darte más que chocolate de a peseta...

Loro ¡La vérrrtiga!

Venust. ¡Qué gusto, si tú hubieras podido picarle en

los ojos y yo partirle el corazón!... Por desgracia, tú no puedes picarle ni yo matarle como quisiera. Pero nos queda un consuelo, uno solo... ¡Que de la fortuna que nos robó, nos vamos a llevar siete millones! ¡¡Siete!!

Loro ¡Que te crees tú eso!—*(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior, añadiendo un caballete con un cuadro a medio pintar.

ESCENA PRIMERA

DON RUTILIO, MILAGROS, CESAR y BONIFACIO.

Los tres últimos hablando desde abajo con don Rutilio, que saca la cabeza por el montante.

Rutilio *(Asomando por el montante de la puerta.)* Entonces, si yo no fuera lo que parezco, ¿sería el original de ese retrato?...

César ¡No, señor, por Dios, de ninguna manera!

Bonifacio ¡Usted está equivocado!

César ¡Se está haciendo un lío!

Milagros ¿Veis cómo no hay quién se lo haga entender?

Rutilio *(Ya desesperado.)* ¡Pero, caramba, vamos a ver! Si el tío de este señor se ha muerto en Maranagua del Pay Pay, y yo no me he muerto en ninguna parte, al parecer, ¿cómo aparezco fallecido con nombre supuesto?

Milagros Pues, más claro que la luz, porque el tío del señor, al saber que su sobrino no era lo que era...

Rutilio ¡Por Dios, que no me lo explique esa joven, que volvemos a enredarnos!

Bonifacio ¡Milagros, no te expliques, que aturullas!... Déjame a mí.

Milagros Ay, hijo, es que he visto molleras cerrás; pero como la de este señor...

César Callarse, callarse, que ya lo he entendido,

verëis: El señor, lo que quiere saber es por qué aparece su retrato en busto, con un pie que no es el suyo, ¿verdad?

Bonifacio Pues, porque se conoce que en el periódico han metido la pata en el pie, cosa natural, aunque desagradable.

Rutilio No, no, no; si no es eso. Yo, lo que quiero saber es por qué ese joven boliviano y melenudo, en su conversación con un loro, ha jurado ante mi retrato que no se corta el pelo hasta que me dé tres puñaladas en la región abdominal...

César Ah, pues verá usted; eso obedece a que, como el tío de este joven le produjo al padre del boliviano unas pequeñas molestias de carácter industrial con la gran Compañía neoyorkina The Blonkin Avens Fonsteral Limited and Compañy...

Bonifacio Pues de ahí que el boliviano esté indignado con este señor del pie.

Milagros Y claro, como este señor, aunque en realidad no se ha muerto, está pa morirse, pues tiene un pie aquí. *(En el periódico.)* y otro en la sepultura. ¿Lo comprende usté ahora?

Rutilio Sí, señora, ¿ve usted?... Ahora lo he comprendido.

Los tres ¡Gracias a Dios!

Rutilio Ahora he comprendido que me están ustedes tomando el pelo hace un rato largo.

Bonifacio ¡Caballero!

Rutilio Abran ustedes.

Bonifacio Si nos da usted palabra de no incomodarse, se lo vamos a confesar todo. *(Abren la puerta y Rutilio asoma entre las cortinas, pero sin entrar en escena.)*

César Nosotros nos estábamos muriendo de hambre, oscurecidos y desgraciados, en el rincón miserable de una bohardilla lóbrega. No teníamos trabajo ni protección, ni siquiera lo más indispensable para la vida cotidiana.

Bonifacio En esta situación, se le ocurre a éste matar un tío que tengo en América, y decir que me había dejado catorce millones.

Rutilio ¡Qué travesura!

César Un reportero, amigo nuestro, que saca certificados hasta de las muelas que le faltan a uno, pues nos publicó la noticia en la Prensa.

Milagros Y en esto, como yo tenía ese retrato, pues se publicó también.

Rutilio ¿Y cómo tenía usted ese retrato, que es lo que a mí me intriga?

Milagros Pues, muy fácil, verá usté: Hace un año vino a vivir a esta casa, de donde mi padre era portero, una joven que se llamaba Angelita.

Rutilio ¿Angelita la Cañí?

Milagros La misma. Una chica muy alegre, que decía que tenía un viejo...

Rutilio Ni una palabra más. Lo ¡comprendo todo, les perdono y cuenten ustedes conmigo para salir de este apuro.

Los tres ¡Don Rutilio!... ¡Gracias, muchas gracias!

Rutilio ¡Que sí, hombre, que les protejo! ¡Me han sido ustedes muy simpáticos!

Milagros ¡Por Dios, calle usté!

Rutilio ¿Qué es?

Milagros ¡Que sale mi padre con el americano!

Rutilio Pero, ¿se han hecho amigos?

Bonifacio Fraternales.

César Cogen cada curda iberoamericana, que desgañita.

Rutilio Pues dejémosle pasar y, mientras, preparemos mis combinaciones para solucionar los conflictos. Entren aquí. *(Entran.)*

ESCENA II

TABUCO y el SEÑOR SANTOS.
Puerta derecha, salen muy alegres.

Santos ¡Viva la unión américoespañola!

Venust. ¡Viva Colón, don Cristóbal!

Santos ¡Chócate, interoceánico!

Venust. ¡Eres macanudo, Santos!

Santos ¡De Torrejón de Ardoz, tú verás!

Venust. Tú, en cuantito que yo atarase los siete millones, te vienes a Bolivia conmigo, ¿que no?

Santos ¡Que sí, hombre! Yo me voy contigo y me hago bolivio y me pruebo una americana de aquellas, y como me esté bien... bien. Y si no, en mangas de camisa, pero a tu verita... La unión de España y América... ¡Lo tengo profetizao! Es obra de los chatos. ¡Que nos divide el agua!... pues caso omiso. Nos bebemos una botella de manzanilla y confrater-

nizamos. ¿Que separa a unos hombres de otros? El Ociano. ¿Que los junta? El vino. ¡Luego, el vino es trasatlántico! ¡Viva Valdepeñas!

Venust. Y que lo digas. Vamo a cogé cada farra que atruene.

Santos ¡Que ensordezga!

Venust. Y ahora mismito te vienes conmigo, que te voy a convidá a un «cok tel» por cuenta de la testamentaría.

Santos ¡No! ¿Ves? Eso sí que no. «Coque tales», no. En el empinen soy más español que Chapalangarra. Que en cuestión de alocholes me dices Ojén... bien... que me dices Mono, te lo agradezco... Que en cuestión de jereces me invitas a González Byas, muy señor mío... que me dices Misa, te oigo con respeto. Pero me extranjerizas las bebidas y no te digo que soy hombre al agua, porque yo el agua, no... prefiero que me sepelien, pero te rehuso lo que me ofrezcas.. De forma que nada de «coques tales» ni de «Serry» doble ni de cosas de esas.

Venust. ¿Y no te gusta el wisky»?

Santos Hombre, es que eso de «wisky» me suena a mí a una cosa como pa caballerías... «¡Wisky!»... y, francamente, me parece que es como si me arrearan.

Venust. ¡Pochi, qué gracioso es mi hombre!... ¿Y tú siempre fuiste bebedor?

Santos Desde el destete. He nacido vinícola, no lo puedo remediar.

Venust. El que nase barrigón, es al ñudo que lo fajen, que disen e América.

Santos ¡Clavao! Conque ahora mismo te vienes conmigo al Ventorro Palace, un merendero que hay en la Cuesta de las Perdices, donde actúa de cupletista una francesa que la tienen allí de reclamo y que es una mujer que quita la tete... Me está enseñando el francés... ¡conque deduce!

Venust. ¿Y es tu amigasa?

Santos Más. Somos «viande» y «uñe»...

Venust. ¿Linda?

Santos Como que cuando la diqueles vas a decir: «¡Mamer, que jeune fille!»... ¡Es más graciosa!... A mí siempre me está llamando «cochon»... que no sé lo que es.

Venust. ¡Macanuda!

Santos Oye, ¿y esto de cochón será alguna cosa de lana, verdad?

Venust. De serda.

Santos ¡Caray, pues ya no me hace a mí tanta gracia!

Venust. ¿Vamos con ella?

Santos Tira p'alante, bolivio.

Venust. Pero ahorita te tienes que beber un «wisky» conmigo.

Santos ¿Yo «wisky»?...

Venust. «Wisky».
(Se abrazan.)

Santos Bueno, pues «wisky»; arrea...

Venust. ¡Viva Colón!...
(Vanse foro.)

ESCENA III

MILAGROS y BONIFACIO, por la derecha.

Milagros ¡Bueno, hay que ver la merluza ultramarina que han pescao!

Bonifacio Pues no los pierdas de vista tocante a frescos.

Milagros El Guadarrama es un gabán de pieles comparao con el boliviano.

Bonifacio Y tu padre una horchatería con camareras y todo.

Milagros Vamos, que yo, ¿sabes lo que te digo, Bonifacio?

Bonifacio ¿Qué me dices?

Milagros Pues que me estoy llevando un desengaño, porque veo que esto de tener millones no es pa vivir tranquilos ni felices, la verdá.

Bonifacio Mujer, has de tener en cuenta...

Milagros Yo, lo que estoy viendo, es que en cuanto te han creído millonario, te dan cinco pa robarte veinte. ¿Y yo qué he sacao de esto?... Pues la triste ilusión de un renard, que a tanta costa ya me va fatigando y aburriendo... ¡Vaya con Dios! *(Lo tira con pena sobre una silla.)*

Bonifacio Mujer, piensa que lo que nos pasa es porque todo esto es falso.

Milagros Y si fuera verdá te pasaría lo mismo, porque que es falso, lo sabes tú solo. No, no, Boni-

facio; te lo digo con mi verdá: yo vivía mejor en mi pobreza. ¡Por una triste ilusión, tanta amargura! Quiá, hombre, yo me vuelvo a lo nuestro... ¡A lo de antes!

Bonifacio Pero, mujer, ahora ya...

Milagros Sí, Bonifacio, sí; volvamos a aquellas noches en que no tenías pa cenar y yo te subía la mitá de mi cena: una tortilla de patatas con incrustaciones de chorizo y media rosca, media rosca la noche que le dolían las muelas a mi padre y no podía con el pan, que yo le pedía a Dios que le doliesen a menudo, Dios me perdone, pa que tú no cenases al rape. Y luego, después de cenar, desde la ventanita, mirábamos la luna u las estrellas, y agarraos de la mano nos decíamos dos tonterías de esas que tanto le gustan a una, y ¡qué sé yo!... bajaba una a acostarse con la felicidá por dentro y una alegría que se echaba una a dormir y a soñar y era la gloria.

Bonifacio Mujer, pero...

Milagros Mientras que ahora, el renard lo he lograo, sí, pero no sueño más que con la daga de Tabuco, los niños de doña Rosaura, la estaca de don Rutilio, el juez, las merluzas de mi padre y el renard, que indignado, abre la boca y me quié morder.

Bonifacio Bueno, bueno, no te pongas cursi ni tonta, que no viene al caso.

Milagros Sí, créelo, Bonifacio... ¡y sobre todo!... *(Con gran tristeza.)*

Bonifacio ¿Y sobre todo, qué?

Milagros ¿No te enfadarás si te lo digo?

Bonifacio ¿Yo qué me voy a enfadar?

Milagros Pues que no estoy contenta, que no soy feliz ni aun en lo que toca a nuestro cariño, la verdá.

Bonifacio Anda ésta con la que se sale ahora.

Milagros Sí, ahora... ahora y hace un rato, que ya sabes que te lo tengo dicho de muchos días.

Bonifacio Pero vamos, claro, ¿qué es lo que te pasa?

Milagros ¡Pero si tú lo sabes!... Si no que te haces el tonto cuando te conviene.

Bonifacio ¿Yo?

Milagros No, tu primo. ¡Miá éste! Pues que me tiene soliviantá lo de la chica del casero, vaya.

¡Y que no me da la gana que le hagas el retrato, eso es!

Bonifacio Pero, mujer, ¿no comprendes que si me niego ahora lo perdemos todo?

Milagros Más vale que se pierda lo que no es ná, que mi cariño, que pa mí es lo único.

Bonifacio ¿Pero vas a tener celos?

Milagros ¡A ver si no es pa tenerlos!... Ella, que no es feílla, el padre, que te la está pasando por las narices y tú, retratándola de bacante!... ¡La bacante codiciá!... Porque a ti, en cuantito que te gusta una, en seguida le haces una bacante.

Bonifacio ¿Y por qué lo hago sino para?...

Milagros A mí me la hiciste con cerezas, a ésta se la estás haciendo con uvas, y en cuanto se presente otra, se la haces con azofaifas.

Bonifacio ¡Ah! ¿Conque pullas encima que me sacrifico?...

Milagros Sí, sí... ¡Que no te conoceré yo lo que eres pa la fruta, y sobre tó pa la prohibida!... Que a ti hay que tañarte, hijo, que con esa cara de pandorgo que tienes, eres capaz de correrte una juerga en el rellano de una escalera.

Bonifacio Milagros, no me aflijas con insinuaciones malévolas, porque esas injusticias...

Milagros Bueno; pues eso del retratito se ha acabao, ¡ea! Que a esa joven no la metes tú en color... ni en calor...

Bonifacio Pero, Milagros...

Milagros Ni en calor; está dicho.

Bonifacio Reflexiona; que habiendo empezao, yo no puedo negarme ahora a una cosa que...

Doncella *(Aparece foro.)* De parte de don Cosme, que pregunte a los señores si puede pasar la señorita.

Milagros Ahí los tienes. *(Alto.)* Diga usté que no.

Bonifacio Pero, mujer, ¿no comprendes que es ridículo, Milagros?...

Milagros ¡Que sea! Diga usté que no.

Bonifacio *(Con energía.)* Diga usted que sí, que pasen. *(Vase la doncella.)*

Milagros *(Despechada.)* ¿Que pasen? Bueno, pues tú verás... pero te juro por estas, ¡mialas!... que en cuanto esa niña coja el racimo con los dientes y te empiece a hacer coqueterías

con los granos, salgo y la como el moscatel, ¡palabra!

Bonifacio ¡Milagros, ten cuidado con lo que haces!

Milagros ¡La como el moscatel! Ahí estoy observando las pinceladas. ¡Tú verás! *(Vase puerta derecha.)*

ESCENA IV

BONIFACIO, DON COSME y CARMELINA. MILAGROS oculta.

(Por el foro. Esta última, vestida de bacante o algo parecido, adornada toda con pámpanos y racimos de uvas. Trae en la mano un racimo más grandecito que los demás.)

Cosme ¿Da usted su permiso?

Bonifacio Adelante, pasen ustedes.

Cosme *(Le alarga la mano.)* ¡Don Bonifacio!

Carmelina ¡Mi querido artista! *(Le saluda.)*

Bonifacio Carmelina. *(Idem.)*

Carmelina ¿Qué le parezco hoy?

Bonifacio Pues viene usted realmente... *(Se acuerda de Milagros y baja la voz.)* encantadora... ¡Hecha una preciosidad!

Carmelina Yo creo que la sesión del día puede ser provechosa.

Bonifacio Evidente. *(Bajo.)* ¡Tiene usted una figura de ensueño!

Cosme Es una verdadera encarnación mitológica.

Bonifacio ¡Una señora encarnación, sí, señor!... ¡Una figura bellísima!... ¡De primera!

Carmelina ¿Tiene usted la voz tomada?

Bonifacio No, es que estoy amenazado... amenazado de bronquitis, y por eso...

Carmelina Iré yo misma preparando el caballete y la paleta, ¿le parece?

Bonifacio Sí, sí... como guste... *(Lo prepara todo.)*

Cosme ¿Y qué tal, qué tal marchan esos asuntitos de la testamentaría?

Bonifacio Pues bien; lentamente, pero bien. Estamos esperando las... los... los avisos de allá, de... Aunque yo, como artista... César es el que está más enterado y puede darles detalles.

Cosme Sí, claro; a ustedes, el arte les pone al margen de las cosas vulgares...

Bonifacio ¡Sí, señor, eso es, al margen!

Cosme Pues lo de Menéndez marcha mal.

Bonifacio ¿Mal?...

Cosme Sí; en vista de que se le negaron las mil pesetas últimas que me pedía para certificar que no habían ejercido ustedes cargo público en ninguna oficina del Estado, que eran ciento treinta y dos certificaciones, pues se enfadó y me dirigió una carta amenazadora, diciendo que hoy se aclararía todo.

Bonifacio ¿Hoy? *(Asustado.)*

Cosme Hoy.

Bonifacio *(Más asustado.)* ¡Ay!... ¡Hay que despreciarlo! Está loco. ¡Figúrese usted, que se va a aclarar!

Cosme ¡Yo me he muerto de risa!

Bonifacio Y yo... ¡ja, ja, ja! *(Se ríe forzadamente. Aparte.)* ¿Qué irá a hacer ese bestia?

Carmelina ¡Ya está todo, maestro! Cuando quiera, empezamos.

Bonifacio Cuando guste. *(Coge la paleta.)* A sus órdenes.

Cosme Pues aquí dejo al artista y a la modelo.

Milagros *(Asomándose.)* Y a una servidora.

Cosme No temo en dejarles solos. ¡Bajo las alas del arte, no cabe más que la moral!

Milagros (¡Qué tío vivo!)

Bonifacio En efecto... Váyase tranquilo, don Cosme. *(Prepara los colores.)*

Cosme *(A Carmelina al irse.)* ¡A ver si lo animas, niña! *(Vase foro.)*

Carmelina Descuida.

ESCENA V

CARMELINA, BONIFACIO y MILAGROS, al paño.

Carmelina ¿Poso?

Bonifacio Pose. *(Carmelina se coloca.)*

Carmelina ¿Qué tal le resulto con las uvas?

Milagros (¡Un frutero!)

Bonifacio Está usted admirable de línea... No se mueva... Quieta un momento. *(Pinta.)*

Carmelina Yo he copiado exactamente la figura de un cuadro que tenemos, en el que unas bacantes rodean a un Dios que papá me ha dicho que es Pan... sino que aquellas llevan más uvas.

Bonifacio ¡Pan y uvas!...

Milagros (Irían a merendar.)

Bonifacio *(Que no sabe lo que pinta.)* (Que te va a ver.)

Milagros (Que se suba de aquí, *(Señala el escote.)* dile que se suba de aquí.)

Bonifacio Súbase un poquito más el escote, hágame el favor, Carmelita... así... que se vea más ropa... ¡quiero hacer un blanco y no atino! *(Pinta nervioso.)*

Milagros (Que se tape las piernas.)

Bonifacio (Que te va a ver.)

Carmelina ¿Qué?

Bonifacio No, nada, hablaba con la paleta. *(Pinta.)*

Milagros (A mí no me llames paleta, que salgo.)

Bonifacio Ahora bájese un poco la túnica, haga el obsequio; un poco más...

Carmelina Pero, ¡ay, maestro! Yo no le entiendo a usted. Ayer me decía usted que subiera sin miedo, hoy que baje.

Milagros (¡Ah, ladrón!)

Carmelina ¿En qué quedamos? ¿Qué hago, subo o bajo?

Bonifacio Pues lo mejor es un término medio.

Milagros (Eso es, un término medio, que se quede en su casa.)

Bonifacio (Que te va a ver.) Ahora lo que sí le ruego es que se escorce un poco más.

Carmelina ¿Así?

Bonifacio Más, más... escórcese, escórcese más... Casi de cara a la puerta...

Carmelina Entonces, ¿qué hago con el racimo?

Milagros (Que lo rife.)

Bonifacio Que lo ri... digo, no tenga miedo, se verá de todos modos. (Sudo tinta.)

Carmelina ¡Ay!... Perdón. Un grano que se me ha caído. ¿Lo quiere usted?

Bonifacio No, gracias.

Carmelina ¡Si lo quiere es suyo!... Pero hoy no me obligue usted como ayer a que se lo eche dentro de la boca. *(Todo esto con coquetería.)*

Milagros (¿Ah, sí?... ¡Qué ladrón!) *(Bonifacio tose y da pinceladas a la atmósfera.)*

Carmelina ¡Ay, otro grano!... ¡Y mire qué doradito! *(Se lo come.)*

Bonifacio Caramba, pues nos van a reventar los granos.

Milagros (¡Y que lo digas! ¡Pero que en las narices... so coqueta!)

Carmelina ¿A ver? Déjeme usted ver... Tengo una cu-

riosidad... *(Mira el cuadro.)* ¡Ay, Bonifacio, qué pincel... qué pincel más maravilloso tiene usted!... ¡A mí me enamora!... ¡Qué finura!... ¡Qué colores me está usted sacando!

Milagros (La que te va a sacar los colores voy a ser yo, ¡por estas!)

Bonifacio Bueno; pero, pose, pose... que perdemos el tiempo y... *(Mira aterrado.)*

Carmelina Sí, sí... soy una chiquilla, tiene usted razón; pero abra la boca.

Bonifacio No, no, perdone usted, la boca no, porque...

Carmelina Abra... *(La abre, le tira un grano, ríe.)* No acerté... ¡qué lástima! En fin, seamos formales. *(Se coloca en pose.)* ¿Así? ¿Estoy bien así?

Bonifacio *(Azorado.)* Sí, pero baje... suba... escórcese más, más, casi de espaldas... váyase... váyase... hacia la derecha.

Milagros *(Saliendo y en voz baja.)* Ahora te largas y me dejas a mí.

Bonifacio ¡Pero por Dios!

Milagros ¡Que te largues! ¡Esto se ha acabao! *(Le empuja hacia la derecha.)*

Bonifacio ¡Pero, Milagros!...

Milagros ¡Fuera! *(Le empuja y cierra.)* Ahora verás.

ESCENA VI

MILAGROS y CARMELINA.

Milagros *(Arrancándole un grano del racimo y comiéndoselo.)* ¡Felices y fructíferos!

Carmelina ¿Tú? *(Asustada.)*

Milagros Que he entrado por uvas, sí, señora. *(Coge otro grano.)*

Carmelina Oye, tú, a mí no me comes, ¿eh? *(Retira el racimo.)*

Milagros ¡Venga el racimo! *(Se lo quita de un manotón.)*

Carmelina *(Asustada.)* ¡Ay, Milagros!...

Milagros Sí, señora, hay milagros... milagros que si no se vieran no se creerían.

Carmelina ¿Por qué lo dices?

Milagros Usté haciéndole la bacante a mi novio, con las veces que le tié usté llamao pintamonas... ¡Y miusté por donde ha resultao verdá! ¡Ya lo creo que pinta monas!... ¡Y micos!

Carmelina Oye, tú... poquitas ironías o llamo a mi papá.

Milagros Sí, sí, su papá... y me lo quería tener con la boca abierta pa tirarle granitos... ¡Qué rica!

Carmelina Bueno, poco a poco, ¿eh? Que a mí no me tienes tú que decir nada.

Milagros A usté, lo que tengo que decirla es que porque sea una pobre, no me dejo avasallar, eso es, y que usté ha subido aquí al olor de los millones de la herencia...

Carmelina ¡Jesús!

Milagros No he estornudao; pero gracias. Y que usté pué que esté vacante, porque se lo merece; pero que mi Bonifacio no lo está, porque le tengo yo empleao hace dos años en que me quiera. Y usté, óigalo bien, usté no me quita a mí una plaza que, si las cosas se ponen feas, va a ser la plaza de la leña, ¡eso es!

Carmelina ¡Ah! ¿Pero es que me amenazas?... ¡Porque tan mujer soy yo como tú!

Milagros ¡Seis kilos menos!

Carmelina ¡Grosera, más que grosera!

Milagros ¡Ay, hija! ¿Pero es que usté se figuraba que yo iba a consentir que se estuviesen ustés hartando de moscatel, «tete a tete», como dice la francesa del entresuelo?... ¡Quiá, rica; esto de las uvitas se ha acabao!

Carmelina ¿Quién lo manda?

Milagros Una servidora; que ayer, de que la vi a usté subir con tanto granos, me dije yo: ¡Vaya, el día que yo me canse, esa señorita, como si hubiá tomao zarzaparrilla!

Carmelina ¿Pero es que, acaso, te ha hecho la promesa de casarse contigo en papel sellado?

Milagros Sellado, no; pero me la ha hecho en papel de barba, que también es muy serio.

Carmelina ¡Parece mentira que te hagas tantas ilusiones!

Milagros ¿Ilusiones de qué?

Carmelina ¿Crees tú que si Bonifacio coge sus millones podrás tú ir con él a alternar en sociedad y lucir en los teatros y asistir a los «supers» del Ritz?

Milagros ¡Yo a los «supers»!... ¡Ay, pues ya lo creo, hija! Una servidora puede ir a los «supers» y a los «diners» y a los «desayuners»... y hasta a los «merenders», si se tercia; porque si una servidora se pinta ojeras, me acorto

la falda, me echo pa alante, alquilo un perrito de esos con greñas y le digo a la «marmuasel» que me llame «Chuchín», soy tan niña bitonga como usté.

Carmelina ¿Qué es eso de bitonga?

Milagros Pues una cosa muy cursi.

Carmelina Bueno; yo lo que te encargo es que no me faltes al respeto, eso es, y te encargo que no me ofendas, y te encargo que te calles... ¡so ordinaria!

Milagros Más ordinaria es usté, que ya me ha hecho cinco o seis encargos.

Carmelina La culpa la tengo yo, por hablar con personas soeces, necias, estúpidas y groseras.

Milagros ¡Ah, sí?... ¿Insultos a mí?... ¡Pues ahora la borro!... Verá usté... *(Coge la paleta y el pincel y empieza a dar pinceladas sobre el retrato.)*

Carmelina ¡Ay, no!... ¡Ay, papá!... ¡Ay, que me borra!...

Milagros Amoratao el ojo... borrás las narices... torcida la boca...

Carmelina ¡Papá!... ¡Papá, que me está borrando!... ¡Ay, que ya no se me conoce!... ¡Ay, que ya no me conoces! ¡Papá, papá!... ¡No me conoces! *(Vase foro repitiendo sus voces.)*

Bonifacio *(Asomándose aterrado.)* ¿Pero qué has hecho?

Milagros ¡Un pastel!

ESCENA VII

DICHOS y VENUSTIANO TABUCO, por el foro.

Venust. ¡Dios mío! ¿Pero quién es esa máscara que corre aterrada, diciendo: ¡No me conoces! ¡No me conoces!... y soltando pámpanos?...

Milagros Pues el anuncio de una tienda de vinos.

Venust. ¡Cosa bárbara! *(Mutis primera derecha.)*

Bonifacio ¡Tú figúrate lo que nos espera en cuanto se lo diga a su padre!

Doncella *(Entrando.)* Esta carta y estos periódicos para los señores.

Bonifacio ¿De parte de quién?

Doncella Creo que de parte del señor Menéndez.

Bonifacio ¡Atiza, Menéndez! Ya apareció Menéndez.

Milagros Alguna certificación.

Bonifacio Alguna canallada de ese sinvergüenza. *(Llamando.)* ¡César!... ¡César!... Salgan ustedes.

ESCENA VIII

DICHOS; DON RUTILIO y CESAR.

César ¿Qué ocurre?

Bonifacio Menéndez, que ha escrito y nos manda este periódico.

César ¿Será ésta la venganza con que nos amenazaba?

Rutilio Lea usted a ver.

César *(Que ha abierto la carta.)* No, pues el principio es muy cordial. *(Leyendo.)* «Apreciables perdularios: La ingratitud tiene una sanción ineludible. Os elevé a la opulencia con las soberanas invenciones de mi fantasía y me negáis la parte de botín que me corresponde...» ¡La parte de botín!... ¡Pero qué cochinillo es este Menéndez! *(Lee.)* «La parte de botín que, como sabéis, eran dos quintos.»

Milagros Dos quintos y una menflis, que soy yo; siga usted.

César *(Leyendo.)* «Os reintegro, pues, a la miseria, donde os acompañará la burla de todo el mundo, con el mayor desprecio de vuestro afectísimo, Menéndez. «Sic transit gloria mundi.»

Bonifacio ¿Pero qué habrá hecho este canalla?

César ¡Dios sabe! Voy a ver. *(Busca en el periódico.)*

Milagros ¿Y qué quiere decir eso de «mundi»?

Rutilio Que les ha reventado a ustedes o algo así.

Milagros Pues el día que yo le coja a ese tipo, se le va a venir el «mundi» encima. ¡Va a tener que sacar un certificao de que ha tenido narices, porque no se lo van a creer bajo su palabra.

César *(Asombrado.)* ¡Santo Dios!

Bonifacio ¿Qué es?

César Sostenedme el periódico, que he perdido las fuerzas.

Milagros ¿Pero qué dice?

César Oid lo que ha hecho ese ladrón. *(Lee.)* «Herencia frustrada. Del palacio a la bohardilla.

El retorno a la miseria. La lectura de la Prensa llegada ayer de Bolivia nos impone la necesidad de una rectificación dolorosa. Cuando ya se había comunicado a nuestro muy querido amigo, el joven y depauperado pintor.»

Bonifacio ¡Yo depauperado!...

César «Don Bonifacio Blanco de Rueda, la grata noticia del fallecimiento de su señor tío, don Teogasto, que le legaba como universal heredero su inmensa fortuna, resulta ahora que el antes citado pintor no hereda un sólo céntimo...» ¡Mi señora madre!... Volvedme la hoja, que no puedo. *(Se la vuelven y lee.)* «Porque se presentó a reclamar la herencia con mejor derecho un hijo natural...»

Los tres ¡Natural!...

César ¡Natural!... «Reconocido, del acaudalado y apreciable difunto, cuyo hijo de veintitrés años de edad y apelado...»

Los tres ¡Apelado!

César «Exoristo Blanco de Rioja, reside en Carapaninga del Vado, Alto Chepeque.» ¡Pero qué geografía tiene este ladrón! *(Lee.)* «Ofrecemos nuestra más sentida condolencia al afligido pintor y a sus cada día más numerosos y defraudados acreedores...» ¡Pero qué infame!

Bonifacio Bueno, después de esto, lo procedente...

César Lo procedente es mandar por veinticinco pesetas de árnica. ¡Qué de estacazos van a llover sobre nosotros!

Rutilio ¿Cómo estacazos?... ¡No se achiquen ustedes, no sean primos!... ¿Ustedes han pedido nada?

César Absolutamente nada.

Rutilio ¡Entonces!... Todo el que les ha dado ha sido para timarles.

Milagros ¡Esa es la verdad!

Rutilio Luego nada de cobardías... *(A César.)* Usted, que es el más resuelto, coge una pistola, se manifiesta usted desesperado, como loco; dice usted que antes de verse hundido de nuevo en la miseria se quiere usted suicidar y llevarse por delante cuatro o cinco acreedores para no hacer solo el viaje al otro mundo... ¡y verá usted cómo huye la gente!

Milagros ¡Tiene razón!...

César ¡Es verdad!... ¡Venga mi pistola!

ESCENA IX

DICHOS, DON COSME y el SEÑOR RUBIO.

Cosme *(Foro.)* ¡Don Bonifacio!... ¡Don César!...

Rubio ¡Señores!...

Rutilio Ya tienen ustedes aquí al casero y al sastre.

Milagros Todos a mesarnos los pelos y a hacer cosas de desesperados.

Bonifacio Usted escóndase.

Rutilio *(Se oculta detrás del retrato.)* Desde aquí observo.

Cosme ¡Vengo muerto!

Rubio ¡Y yo loco!

Cosme ¿Pero es cierto eso que hemos leído?

Bonifacio ¡Por Dios, César, no!

Milagros No, no se mate usté... reflexione...

César Sí, sí, dejadme, quiero morir... ¡La miseria otra vez!... ¡Sí, sí; no, no; ja, ja; ya, ya!

Cosme *(Mostrando el periódico.)* ¿Pero es esto cierto?

Milagros Sí, señor; les ha salido un primo. ¡Y es natural! *(Llora.)*

(César se sienta llorando; parece haberse calmado.)

Cosme ¿Quién me pagará a mí?

Bonifacio Yo creo que nadie.

Milagros ¡Es natural!... *(Se revuelca en el sofá.)*

Rubio Señores, aquí les he traído el tapete. Si me hicieran el obsequio de desnudarse...

César ¡Sí, sí; no, no; ya, ya; ja, ja!...

Venust. *(Entra primera derecha.)* ¿Pero qué pasa por acá?

Milagros ¡Pues que ya no heredamos nosotros!... Que nos ha salido un primo natural al que le tiene usté que pedir siete millones. Conque... ya se está usté largando a Carapaninga del Vado, Alto Chepeque.

Cosme ¿De dónde cobro?

Venust. ¿A quién reclamo?

Rubio ¿Pero quién me paga?

César *(En un arranque trágico se levanta.)* ¡¡Yo!! ¡Yo voy a pagaros! ¡Yo voy a satisfaceros esta deuda de honor! Pronto vamos a estar en paz, en la paz eterna y augusta de la muerte. ¡Vais a morir conmigo! *(Saca una*

pistola y la monta. Dispara. Todos huyen.)

Milagros ¡Bajan en montón!

Bonifacio Bueno, y ahora hay que salir de aquí a escape.

César Sin perder minuto.

Rutilio Yo le pagaré al sastre los trajes que llevan. Lo demás quédese todo así.

César Gracias, don Rutilio.

Rutilio Usted acepte el destino que le ha dado su suegro.

Bonifacio Y nosotros...

Rutilio Trabajen ustedes.

Milagros Trabajando y queriéndonos encontraremos la felicidad.

Bonifacio ¿Pero dónde encontrar trabajo?

Rutilio Yo se lo proporcionaré.

Bonifacio ¿Quiere usted que le pinte algo?

Rutilio Sí, señor.

Bonifacio ¿Paisaje, marina?...

Rutilio ¡Quiá, hombre; una valla de doscientos metros que tengo en un solar! Se puede usted lucir.

Bonifacio ¡Hombre, caramba!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el SEÑOR SANTOS.

Santos *(Foro, viene borracho.)* Bueno, ¿dónde está el casero?

Milagros En la Casa de Socorro; pero no se moleste usté.

Santos Es que le quiero echar.

Milagros El que se tiene que echar es usté, pero en la camita hasta que se le cueza la merluza, que la trae usté de dos kilos, y cuando se haya pasao, a buscar trabajito y a apencar como cáa quisque.

Santos ¿Y esa gran fortuna?

Milagros En Carapaninga del Vado, Alto Chepeque...

Santos ¿Dónde está eso, pasao la Guindalera?...

Milagros Antes de llegar. Y además hemos quedao en que en este mundo la gran fortuna es ser joven, tener vergüenza y gana de trabajar.

Santos Me libro por hijo de viuda.

Milagros ¡Pero qué pedazo de huérfano!

(Al público. Imitando el acento americano de Tabuco.)

Benevolente público ilustrado:
los milloncitos hánse evaporado.
El filón se agotó, quebró la mina...
¡Así pasa la gloria ultramarina!
Si con su dulce aplauso no me paga,
me hundo no más la perforante daga.
Aplauda recio, yo se lo demando.
Apúrese, que estamos aguardando.

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Carlos Arniches

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
Victoria.
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas.
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas.
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.
Los camarones.
La guardia amarilla.
El santo de la Isidra.
La fiesta de San Antón.
Instantáneas.
El último chulo.
La Cara de Dios.
El escalo.
María de los Angeles
Sandías y melones.
El tío de Alcalá.
Doloretes.
Los niños llorones.
La muerte de Agripina.
La divisa.
Gazpacho andaluz.
San Juan de Luz.
El puñao de rosas.
Los granujas.
La canción del náufrago.
El terrible Pérez.
Colorín colorao...
Los chicos de la escuela.
Los pícaros celos.
El pobre Valbuena.
Las estrellas.
Los guapos.
El perro chico.
La reja de la Dolores.
El iluso Cañizares.
El maldito dinero.
El pollo Tejada.
La pena negra.
El distinguido Sportman.
La noche de Reyes.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón.
Felipe segundo.
La alegría del batallón
El método Górritz.
Mi papá.
La primera conquista.

El amo de la calle.
Genio y figura.
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre.
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
La pobre niña.
El premio Nobel.
La gentuza.
La corte de Risalia.
El amigo Melquiades.
La sombra del molino.
La sobrina del cura.
Las aventuras de Max y Mino.
El chico de las Peñuelas.
La casa de Quirós.
La estrella de Olympia.
Café solo.
Serafín el Pinturero.
La señorita de Trevélez.
La venganza de la Petra.
¡Que viene mi marido!
El agua del Manzanares.
Las lágrimas de la Trini.
Las grandes Fortunas.
La mujer artificial.
El conde de Lavapiés.
La maña de la mañica.
La flor del barrio.
Los caciques.
No te ofendas, Beatriz...
La chica del gato.
La heroica villa.
Mariquita la Pispajo o No hay bien como la alegría.
Es mi hombre.
La hora mala.
La tragedia de Marichu.
La locura de don Juan.

Obras de Joaquín Abati

Monólogos

Causa criminal (de actor).—*La buena crianza o Tratado de urbanidad* (ídem).—*Un hospital* (ídem).—*Las cien doncellas* (ídem).—*La cocinera* (de actriz)*.—*El Himeneo* (ídem).—*El Conde Sisebuto* (ídem)*.—*El début de la chica* (ídem).—*La pata de gallo* (ídem).

Comedias en un acto

Entre Doctores.—Azucena.—Ciertos son los toros.—Condenado en costas.—El otro mundo.—La conquista de Méjico.—Los litigantes.—La enredadera.—De la China. Aquilino Primero*.—El intérprete.—El aire.—Los vecinos.—Café solo.—La maña de la mañica.*

Comedias en dos actos

Doña Juanita.—Los niños.—Tortosa y Soler (R.).—*El 30 de Infantería* (R.).—*El Paraíso.—La mar salada.—La gallina de los huevos de oro* (magia).—*La bendición de Dios.—Mi querido Pepe.—La gentil Mariana.—Jesús, María y José.—Las lágrimas de la Trini.*

Comedias en tres o más actos

Tortosa y Soler.—Los hijos artificiales.—Fuente tónica.—Alsina y Ripoll.—El 30 de Infantería.—Los reyes del tocino* (firmada con pseudónimo).—*El gran tacaño.—Los perros de presa.—Genio y figura.—La alegría de vivir.—La divina providencia.—El premio Nobel.—El orgullo de Albacete.—El cabeza de familia.—La piqueta.—El tren rápido.—El infierno.—El río de oro.—El viaje del rey.—Ramuncho.—Las grandes fortunas.—No te ofendas, Beatriz...*

Zarzuelas en un acto

Los besugos.—Los amarillos.—El tesoro del estómago. Lucha de clases.—Las venecianas (la música).—*Tierra por medio.—El Código penal.—Tres estrellas**.—*El trébol.—La taza de the.—El aire* (R.).—*La hostería del laurel.—Mayo florido.—Los hombres alegres.—¡Mea culpa! La partida de la porra.—El verbo amar.—El potro salvaje.—España Nueva.—El dichoso verano.—Sierra Morena.—Las alegres colegialas.*

Zarzuelas en dos actos

El asombro de Damasco.—Baldomero Pachón.—La corte de Risalia.—El conde de Lavapiés.

Zarzuelas y operetas en tres o más actos

*La mulata.—La Marcha Real**.—*Los viajes de Gulliver. El sueño de un vals.—La viuda alegre**.—*El velón de Lucena.—La mujer artificial.*

Las obras marcadas con asterisco, o no se han impreso, o están agotadas.—Las marcadas con (R.) son refundiciones.